

## Capítulo uno

### ANECDOTARIO LANZAROTEÑO.

Emulando en lo posible al médico don Domingo J. Navarro que, a principios del pasado siglo, nos dejó sus recuerdos de Gran Canaria en el libro "Recuerdos de un noventón", yo podría titular los míos como "Recuerdos de un ochentón".

Quiero incluir, sin orden ni concierto de ninguna clase, anécdotas que posiblemente en algunos casos fueron originariamente simples chistes, anécdotas verdaderas de las que puedo dar fe por haberlas vivido o presenciado, recuerdos, lecturas y testimonios que deseo se conserven. Hemos hecho, eliminando o modificando nombres y apellidos y algunas situaciones, una purga del original que conservo por si mis nietos o bisnietos lo pudieran publicar algún día, cuando hayan pasado muchos años y ya no puedan herir susceptibilidades.

En sentido contrario a lo que suele advertirse en películas y novelas: "Cualquier parecido con la realidad no es pura coincidencia".

Mi trabajo durante cuarenta y dos años en el Registro de la Propiedad me dio ocasión de tratar a personas y vivir situaciones que me permiten escribir algunas de estas cosas.

+++++

Mi afición a "estas cosas", por las que pedía perdón al principio, me ha dado grandes satisfacciones y muchos amigos, por lo que me atrevo a iniciar con algunas este relato.

Me cuenta mi amigo Rafael Curbelo, Inspector de Educación y compañero como Consejero del Cabildo Insular, que un día al visitar a su madre en el Hospital Insular, le sorprendió que a una señora mayor, un familiar le estaban leyendo mi libro "Historia menuda de Arrecife". El familiar le explicó: "Es que ella solo vive para los recuerdos de su juventud y ese libro, con sus recuerdos, le está ayudando a finalizar su vida".

Un día paseaba por la Marina de Arrecife y a la altura de la Comisaría de policía, el antiguo Centro de Higiene Rural, noto que una mano coge la mía. Cuando me vuelvo veo a una señora bastante mayor que me pregunta: "¿Usted es el que escribió el libro de Ramón?" "Bueno, pues sí", le contesté, encogiéndome de hombros. "Es que lo tengo en la mesa de noche como un libro de misa". Tengo que aclarar que lo de Ramón es por la fotografía de don Ramón Martín Umpiérrez que por gentileza el fotógrafo señor Rojas, ilustra la portada.

Cuando pasaba con mi mujer por la Plaza de la Iglesia, donde se agrupaban unas cuantas personas, nos informaron que había muerto Ramón y se estaba celebrando el funeral propio del entierro. Entramos en la Iglesia y fuimos de las pocas personas, salvo sus familiares, que lo acompañamos hasta el cementerio. Según un poema dedicado a la memoria de Ramón por don Ginés Martín Méndez, fue el 13 de junio de 1987.

+++++

En la playa de El Reducto hay plantados unos cocoteros. Tienen su origen por allá de los años 60 del siglo XX. El alcalde de Arrecife don Ginés de la Hoz Gil, fue también Procurador en Cortes (actuales diputados) y tuvo gran amistad con otro procurador de raza negra, de Guinea Ecuatorial que era provincia española. Este amigo guineano le regaló unas plantas de cocoteros y el alcalde creyó que El Reducto era el lugar más adecuado para su plantación. Quizá sea oportuno señalar que el nombre de Reducto se deba a que en la misma existió un reducto, una especie de muralla para la instalación de unos cañones que completaran la defensa de Arrecife junto con los castillos de San Gabriel y San José. Ese reducto nunca tuvo cañones ni fue necesario usarlo como tal defensa.

+++++

En mis cotidianos paseos por la Avenida de Arrecife, del Colesterol para muchos, he hecho muchas y buenas amistades. Nos encontramos paseando y al principio nos miramos tímidamente, seguimos con un gesto de saludo y finalizamos bastantes veces, con una buena amistad. He hecho amistad con gentes de todos los países, alemanes, colombianos, hondureños, y de todas las razas, morenos, mulatos filipinos y entre estos a doña Vicenta, posiblemente la primera de su nacionalidad en llegar a Lanzarote, y de ambos sexos. Aunque en otros ámbitos tengo amistad con una familia de esa etnia, los que no saludan nunca son los chinos que corren, algunas veces "marcha atrás". Recuerdo especialmente a don Santiago Robayna, fallecido con casi cien años; Domingo Abréut Morales, profesor de la Escuela de Artes y Oficios, también fallecido; Paco Morales y Modesto Medina Marrero, con quien me una especial amistad. Nació en Las Breñas, su edad es seis meses mayor que la mía, trabajó en las salinas, la pesca, en África y en el Puerto de Los Mármoles. Una familia ejemplar de muchos hijos y bastantes con título universitario. Me cuenta que recuerda de forma algo nebulosa cosas de don Víctor Fernández, el famoso autor de las coplas que se publicaron por Agustín de la Hoz como "Coplas del salinero" y a las que la agrupación "Los Sabandeños" puso música y popularizó en un disco. Me dice Modesto que don Víctor, ya muy mayor, visitó a sus abuelos y les recitó: "Adiós compadre Manuel, / adiós comadre Cristina, / mi cuerpo sin fuerzas / ya está doblando la esquina". En una visita que hicimos a don Eugenio Rijo Rocha, prestigioso abogado y riguroso historiador, los que en ese momento formábamos la junta directiva de la Asociación Española de Amigos de los Castillos de Lanzarote, Gerardo Morales Martín, Estanislao González Ferrer y Rafael Cabrera Díaz, nos enseñó el original de las coplas, escrito de puño y letra del autor, en una libreta escolar de las que en su portada decía: "Para uso de... "Los puntos suspensivos había que completarlos con el nombre.

+++++

Rafael Cabrera Díaz al morir dejó escrito, inédito, por los menos hasta el año 2013, y creo que incompleto por su muerte prematura, un libro interesantísimo sobre el origen de las casonas importantes, no solo de Arrecife, sino también del resto de la isla. Lo entregó a otro historiador y profesor. Como Cronista oficial de Arrecife, en enero de 2013 entregué al Alcalde de esta ciudad y posteriormente reiteré, un dossier que figura en mi archivo bajo el epígrafe "Propuestas" en el que, entre otras cosas proponía la edición del libro de Rafael. Lo entregué bajo número de registro de entrada en la Corporación.

+++++

Sobre Paco Morales a quien reseñé anteriormente, he escrito varios artículos solicitando un reconocimiento por su labor ciudadana, que no sé si han tenido el eco correspondiente. Con motivo de la creación de una comisión para la nominación de calles innominadas y de la que formé parte, propuse que se dé su nombre a una de ellas. Por las razones alegadas fue bien vista y propuesto al pleno bajo la denominación de Camino de Paco Morales. Las razones alegadas fueron que hoy, en que el vandalismo se manifiesta en pintadas o roturas de lo que se denomina mobiliario urbano, incluso hemos visto en una ocasión el haber cambiado el sentido de una señal de tráfico con lo que eso supone de peligro, Paco ha hecho lo opuesto. En su diario caminar desde su vivienda en la Plaza Pio XII hasta casi Guasimeta, dedicaba sus energías a limpiar las playas de piedras, la de el Cable y el Bufadero, denominada popularmente por error La Concha, unas sierras de piedras de todos los calibres, de varios metros de longitud y bastante altura acumuladas por Paco, son testigo y un verdadero monumento a su labor ciudadana. Fui testigo de que cuando le preguntaron el motivo de su trabajo, contestó: "Es lo que nos enseñó César Manrique".

+++++

Aunque pudiera parecer falta de humildad por mi parte, lo cuento por lo que de anécdota relacionada con nuestra Isla tiene. En uno de los viajes de recreo anuales con mi esposa, de manos de Pullmantur, hicimos un circuito por Andalucía. En el asiento último de la guagua coincidimos con dos chicas portorriqueñas licenciadas en derecho, cultas y una de ellas incluso funcionaria del gobierno. Uno de los temas en que se interesaron fue el de la organización política y administrativa de nuestras Islas. Cuando llegamos al tema para ellas desconocido de los Cabildos Insulares, después de muchas preguntas y extrañarse de mis conocimientos de esas instituciones no me quedó más remedio que decirles que yo presidía el de Lanzarote. Se quedaron un poco cortadas y nos siguieron preguntando hasta de cómo íbamos solos. Supongo que ellas tendrían un concepto distinto de las presidencias y le extrañó ver a un señor con pantalón vaquero y zapatillas deportivas. Lo de solos quizá porque pensaran que debería llevar escolta o algo así. El remate fue en Sevilla. En el hotel, a la hora del almuerzo compartíamos los cuatro la misma mesa, cuando los altavoces solicitan la presencia del "Presidente del Excelentísimo Cabildo Insular de Lanzarote". Al identificarme, se presentó el Gerente del Patronato Provincial de Turismo Sevilla, para entregarme un libro, "Sevilla Oculta: Monasterios y Conventos de Clausura", como obsequio y disculparse no hacerlo el Presidente de la Diputación don Manuel del Valle Arévalo que se encontraba fuera de la Capital. Fue en agosto de 1982. La explicación es que, y esta es la anécdota, en un concurso de Televisión a un matrimonio participante, de Sevilla, les preguntaron si conocían un lugar donde pudieran asar sardinas sin necesidad de encender fuego. Dieron un teléfono y pidieron ayuda a quien pudiera saberlo. Llamamos desde mi casa y les dijimos que dijeran que en Timanfaya, en Lanzarote, y ganaron el concurso. Puestos posteriormente en contacto, el Cabildo los invitó a visitar el lugar. La Diputación sevillana les pagó el viaje y los acompañó el diputado don Antonio León Borrero, dueño de un museo y que además era miembro directivo de El Betis. Hicimos cierta amistad y cuando programamos el viaje le comunicamos nuestro paso por Andalucía. Él fue quien informó a la Diputación. Nos invitaron a cenar en un restaurante con unas vistas preciosas sobre el Guadalquivir.

En el Cabildo se recibió una carta de una niña de un colegio de La Mancha solicitando un traje típico de Lanzarote, para participar en un concurso. Se le contestó que se le entregaría con la condición

de que viniera a recogerlo personalmente. Su Ayuntamiento le pagó el viaje junto con una profesora del colegio. El Cabildo además del traje la invitó a visitar Fuerteventura. Lo más interesante fue el asombro de Sonia, niña del centro peninsular, al ver la enormidad del mar.

+++++

Don Acenk Galván fue un político palmero destacado en los inicios de la nueva democracia, con el que tuvimos bastante contacto, sobre todo por sus frecuentes visitas a Lanzarote. En el Arrecife Gran Hotel, como se denominaba en aquel tiempo, existía una escalera de madera para acceso a la terraza donde estaba ubicada la piscina. Nos contaba que en uno de los viajes, al pasar por la escalera, un tropezón en uno de los escalones y del golpe salió con una fuerte herida en la cabeza. Decía: "Lo más molesto no fue la herida, sino que un camarero que presenció el accidente, comentó con un compañero: ¡Otro!"

+++++

De don Antonio y de don José se decía que eran muy aficionados al trato, a permutar unas cosas por otras. Al parecer un día que salieron juntos empezaron los tratos. La camella por el burro; la cabra por el cochino; la tierra de Conil por la de Montaña Blanca. Al final, después de tanto trato, cada uno volvió a tener lo mismo que antes de la operación, pero uno le debía al otro unos cientos de pesetas. El primer coche que tuvo mi padre fue un Renault de los que vemos usados por los franceses en los reportajes de la Primera Guerra Mundial, que terminaban en una proa en forma de plancha para la ropa y del que tengo una fotografía mía en el estribo, calculo por la edad que represento, sobre 1934. Después le compró a don Antonio un Morris Major, inglés de mayor calidad que el viejo Renault, por 2.000 pesetas y vendió el viejo a don Andrés Hernández Santana por 1.000. De otro Renault del mismo modelo tengo otra fotografía en que estamos, don Antonio González García, Jefe de Telégrafos, su hijo Estanislao, un señor desconocido y yo.

Cuando muchas personas de Lanzarote, con el auge de la pesca, se convirtieron en armadores asociándose con un patrón de reconocida competencia, don Antonio, el de los tratos, encargó un balandrito. Cuando lo vio en construcción don Antonio exclamó: "¡Eso no vale ni tres papas!" y Tres papas fue bautizado. Como curiosidad reseñaré que el sistema de hacerse con un pequeño barco era comprar una lancha costera; un bote mayor que los de uso en el litoral y que servía de auxiliar en el tendido de las redes de los barcos costeros; se les aumentaba la eslora y el puntal y, dotado de un foque y una mayor como decía la canción sobre El Volador, se lanzaban a la aventura africana.

+++++

En las primeras décadas del pasado siglo uno de los tangos que cantaba el famoso Carlos Gardel, tenía una estrofa que decía: "Mi caballo murió / mi alegría se fue, / y con él se marchó / mi amigo más fiel". Por esos años llegó destinado a Lanzarote un militar que siempre iba de uniforme, que incluía botas altas y las correspondientes espuelas, que exhibía en todos los lugares a que concurría. Al poco tiempo el pueblo lo rebautizó y se le conocía como "Mi caballo murió".

+++++

En los primeros años del mismo siglo, a falta de otros entretenimientos, la gente era muy aficionada a dar bromas. En Arrecife, un muchacho tenía fama de asustadizo. Vivía en la unión de la actual calle Inspector de Sanidad Luis Martín y La Plazuela, en una casa que tenía entrada por el habitual zaguán adornado con maceteros de largas patas y rematados por macetas y flores. Era asiduo de una reunión en la sede de la antigua Democracia, hoy conocida por El Mercadillo, en la calle Real, frente a otro callejón denominado en la actualidad Teobaldo Power. La Democracia disponía de una mesa de billar con los correspondientes tacos y una gran tela blanca para cubrirla. Una noche, los hermanos Luis y Eduardo Reguera, sabedores de la debilidad del amigo, se propusieron darle una broma. Sabían que se dirigía a su casa por ese callejón, después por la calle José Molina, "antes Mina" como diría Ego Sum, y otro callejón ya desaparecido ocupado actualmente por el comercio DeSnudos, frente a la morada de la víctima de la broma. Se apostaron al final del oscuro callejón, un hermano sobre los hombros del otro, que sujetaba en lo alto dos tacos del billar y de los que colgaba la sábana blanca. Al llegar el muchacho el fantasma lanzó un profundo ¡Uhhhhhhhhhhh! Al día siguiente la madre comentaba: ¿Qué le pasaría anoche al niño, que entró corriendo por el zaguán y me tumbó todos los maceteros?

+++++

El Arrecife de la primera mitad del siglo XX era una ciudad con mucha seguridad. Mi casa tenía en la puerta de entrada un cordón del que, tirando, se abría el picaporte de la cerradura. Mis padres iban a su trabajo y yo al Instituto y nunca, ni siquiera por la noche, la puerta se cerraba con llave. Las amas de casa abrían las ventanas al amanecer para que la casa se aireara toda la mañana. Un copla decía: "Al entrar en Arrecife, / lo primero que se ve / son las ventanas abiertas / y las camas sin hacer". Otras coplas eran picarescas, satíricas o críticas con las circunstancias del momento. A pesar de lo dicho anteriormente, en mi casa hubo un par de incidentes sin la menor importancia. Mi madre sorprendió a una conocida vendedora que bajaba de un pueblo del interior a La Recova cuando, con la larga vara de tocar al burro, intentaba sacar las medias que había dejado sobre una silla. En otra ocasión el popular Juan el Bobo, siento tener que identificarlo por su apodo porque desconozco sus apellidos, el que movía la fragua en la herrería de maestro Alfredo en Puerto Naos, y del que se decía que su muerte la lloraron hasta los Moros Notables del Casino, en su incapacidad mental, llegó a mi casa, tiró del cordón, entró y se llevó el sombrero de mi padre que colgaba en una percha a la entrada. Maestro Alfredo pidió disculpas y devolvió el sombrero, pero mi padre ya no lo usó más. Así también se cumplió el deseo familiar de que dejara de usar la prenda que solo él, don Eugenio Rijo que lo siguió usando hasta su muerte, y unos pocos más lucían.

+++++

Sin tener destinatarias concretas que pudieran sentirse ofendidas y simplemente por diversión y "necesidad de rima" que diría un técnico literario, en otra copla aparece la palabra "Puntilla", como pudo aparecer "Corralejo", que ciertamente la hubo, pero que dejo su explicación a algún comentarista de la Isla Hermana. Era muy popular y se completaba con la música y el estribillo de "Carrasclás": "Las niñas de la Puntilla, ¡illa!, / usan trajes de volante, ¡ante!, / pantalones de rejilla, ¡illa!, / para que el pájaro les cante, ¡ante! ¡Carrasclás!, ¡carrasclás!, qué bonita serenata; / ¡carrasclás!, ¡carrasclás!, no me estés dando la lata".

Por los años cuarenta se prohibió una canción por alusiones políticas e inmoralidad. Dos estrofas decían: "Se va el caimán, se va el caimán, / se va por la barranquilla, / se va por la barranquilla y no vuelve más". La otra: "Una niña patinando, patinando se cayó, / y en suelo se le vio / ¿qué se le vio?, / Se le vio que no sabía patinar". La alusión política era que, se decía, que Franco había comprado una finca en Barranquilla, Cuba, y se aludía a un caimán. La inmoralidad consistía en: "... y en el suelo se le vio...".

+++++++

En tiempos pretéritos también hubo situaciones críticas. Las actuales ONG tuvieron en Arrecife una viviente, doña Otilia Díaz, homenajeadas con todo merecimiento por nuestra ciudad con el nombre de la calle lateral de su vivienda en la Plaza de la Iglesia. Una organización oficial de los años cuarenta cuando, finalizada la Guerra Civil, la juventud Masculina seguía "movilizada" como se decía, en realidad militarizada, en algunos casos hasta ocho años como me contaba, ocurrió a mi amigo Jordán Bethencourt, y las jóvenes prestaban su servicio social a través de su encuadramiento en la organización, unos grandes almacenes que existían en el solar que actualmente ocupa el Hotel Miramar, tenían pintado en su frontis unos grandes letreros con el título de "Auxilio Social" seguido de una especie de dibujo, del que no recuerdo su forma. Lo que sí recuerdo es a jóvenes de Arrecife, uniformadas de azul, incluso con cofia y delantal blanco, atendiendo principalmente a los chicos y chicas a los que, en el comedor el plato de comida saciaba su hambre, verdadera plaga que, junto con la tuberculosis, llenaban de tristeza a nuestro pueblo. Esos comedores se financiaban con el plato único y el Emblema de Auxilio Social. El plato único consistía en que una vez en semana, creo que los miércoles, todas las familias tenían la obligación de almorzar un solo plato, aportando el importe del otro a ese fin social. El emblema de Auxilio Social era una especie de escudo, hoy lo llamaríamos pin, al principio redondo y de metal dorado y posteriormente de cartón, que había que adquirir en la taquilla de los espectáculos públicos y que se tenía que llevar en la solapa del traje para acceder a la sala. La aportación obligatoria era de treinta céntimos. Los últimos, de cartón, tenían litografiado el escudo de las provincias españolas. Como siempre, incluso en momentos de verdadera miseria, surgía el humor y se puso de moda una copla:

"Antes, con media peseta, / te comprabas un chorizo y un pan de a real, / y ahora, con tres perras gordas / te encajan la chapa de Auxilio Social". Para los nacidos en el ámbito del euro tenemos que aclarar que el real era una moneda de níquel con valor de veinticinco céntimos de peseta, que tenía grabado el escudo del yugo y las flechas de Falange Española, y un agujerito en el centro que, a los que querían iniciar una pobre política de ahorros, les servía para ensartarlas en un hilo y guardarlas. La perra gorda, perra grande para los canarios, equivalía a diez céntimos de peseta y la perra chica a cinco céntimos. Tenían en el reverso un león que sostenía al escudo nacional, y elaboradas en un cobre que el uso ennegrecía, por lo que también se denominaban perras negras. Al parecer esa denominación de perras se debía a que el dibujante del grabado no estuvo muy afortunado en su trabajo y el león, más que tal fiera, semejaba a una perra con melenas. En uno de mis viajes como estudiante, al pasar por Puerto de Cabras, como se denominaba antaño, mucho después de que esa moneda fuera retirada de circulación, en el bar donde almorcé, me dieron la vuelta en perras. Parece que allí siguieron vigente durante muchos años.

+++++

Rafael Cabrera Díaz, Falín para familiares y amigos, fue un fanático arrecifeño que participó en todos los actos y ocasiones que su patriotismo insular le exigía. Organizó, con un grupo del que tuve el honor de participar, la Asociación de Amigos de los Castillos de Lanzarote que contribuyó a la conservación de los existentes en la isla, especialmente el de San Gabriel; publicó artículos y a su muerte dejó un libro sobre las casonas de Lanzarote, ya aludido. No cabe duda que la primitiva fábrica de hielo contribuyó al desarrollo de la pesca insular, pero la mente calenturienta de la juventud de aquel grupo con afanes culturales, consideró que existiendo otros lugares, la construcción del adfesio en la Explanada del carbón, relleno frente al Castillo de San Gabriel, era un atentado contra la estética y contra la historia por la proximidad a la fortaleza y a la entonces espléndida bahía de Arrecife, Ubre de los rellenos posteriores que casi la estrangulan. El fanatismo de Rafael lo llevó a que una noche cortara las sogas que soportaban el techo en construcción y posteriormente incendiara las maderas. Las averiguaciones de las autoridades no dieron con el autor de los hechos. Con anterioridad el padre de Rafael, don Rafael Cabrera Matallana, con el fin de despertar la atención sobre la conservación del castillo, que era una verdadera ruina, publicó en la prensa la falsa alarma de que se proyectaba derruirlo para construir viviendas. Esa falsa alarma logró su objetivo: El castillo se tuvo más en cuenta por las autoridades responsables.

Don Eduardo Coll Díaz, promotor de esa fábrica publicó en la prensa una escrito justificando su construcción y manifestando que había contribuido al desarrollo económico de la Isla. Seguro que sí, pero posiblemente en Puerto de Naos, donde se concentraba la mayor parte de la flota insular tendría la misma repercusión, pero sin afear nuestra marina.

+++++

Por los años 60 era famoso y popular el Bar Janubio, en el edificio de don Segundo Perdomo Ramírez y después de don José Reyes, con balcones de madera tallada existente en la calle Real esquina a Inspector de sanidad Luis Martín. Determinado y respetable funcionario tenía la curiosa costumbre de, antes de abrir la oficina, acercarse a la barra del bar, pedir un güisqui, tomar un pequeño sorbo y depositar el vaso, cubierto con una servilleta, en una especie de escultura abstracta ubicada en una esquina del local. De rato en rato, retornaba al local, tomaba otro sorbito, depositaba el vaso en el mismo lugar y se marchaba, siempre con el mismo itinerario. Un día estábamos tomando unas cervezas un grupo de amigos entre los que se encontraba Cristín Bethencourt Rocha, persona ocurrente donde los hubiera que, al ver la maniobra comentó: "Este señor ya hizo vereda". Cristín era de las personas siempre alegres que hasta se reía de sí mismo. Desde bastante joven perdió el pelo y en su cabeza limpia y brillante solo tenía unos mechones que colgaban alrededor. Cuando llamaba por teléfono se identificaba: "Aquí el Gran Jefe Poco Pelo".

+++++

En todos los pueblos han aparecido y desaparecido personajes o personajillos de los que no se sabe de dónde vinieron ni en qué acabaron. Recuerdo de niño, la existencia en la parte de atrás del entonces Casino, hoy Casa de la Cultura, de un bar o cafetería a donde mi madre me enviaba a comprar una especie de bistés que venían pinchados en un palillo de dientes, al parecer, muy sabrosos. El encargado o dueño del establecimiento era Alfonsito Alcapone. Me decía Pancho Fajardo que también era propietario de lo que se conocía como casa de niñas y lo nombraba como

Alfonsito el Gánster. Fue uno más de los que aparecieron, estuvo y desapareció sin dejar rastro. Leandro Perdomo, en el libro "Desde mi cráter" cita a un tal Alfonsito el churrero como primer organizador de un cabaret en Arrecife, lo que coincide con su pariente Pancho. Supongo que será el mismo personaje. En aquella época a las chicas del establecimiento se les identificaba como mujeres que fuman y tratan a los hombres de tú.

Esas jóvenes y no tan jóvenes, en tiempos pretéritos tuvieron su ubicación en la calle de La Porra, hoy Otilia Díaz, en la que se desarrolló una anécdota que fue muy popular. Las casas antiguas como la que ellas habitaban, tenían una destiladera de rejas pintadas de verde, con pila de destilar sembrada de culantrillo, bernegal para recoger el agua que caía gota a gota, plato metálico y jarro de pisa adornado de flores. También tenía la función de mantener los alimentos frescos, una especie de nevera primitiva, cuando el electrodoméstico ni se soñaba. Una de aquellas muchachas solía guardar en la destiladera una jarra con leche que, día tras día, notaba que alguien se bebía. Lo comentó y un joven profesional le dijo: "Toma estas pastillas, ponlas en la leche y mañana sabremos quién se la toma". Las pastillas era de una sustancia que el diccionario define así: JALAPA.-Raíz de una planta vivaz americana, de las convolvuláceas, semejante a la enredadera de campanillas. Se usa en medicina como purgante enérgico. Uno de los contertulios no concurrió durante varios días pues, al parecer, se lo pasó sentado en el excusado como se decía entonces y que actualmente llamamos inodoro, aunque se ha puesto de moda llamarlo púdicamente y de forma un tanto cursi, baño.

Después, esas muchachas se establecieron en los llanos de La Vega, alrededor del nunca terminado estadio de fútbol, en el denominado Rancho Estadio. Surge el chiste aplicado a uno de los personajes populares. Cuando, ya de madrugada, regresa de haberse tomado unas copas con las muchachas, lo para una pareja policial, y a la pregunta de qué de dónde venía a esas horas, la contestación en su característico idioma: "¿De dónde va a viní?, ¡Del furgo!" Más tarde, cuando esos establecimientos se trasladaron a lo que unos llamaban Las Rapaduras, por aquellos mojones que delimitaban la carretera, y los marineros, empleando su terminología profesional nombraban Las Cuarenta brazas, veíamos el ominoso desfile de las chicas para el control sanitario, calle Real abajo, camino del denominado Centro de Higiene Rural. Ese centro sanitario que exteriormente su limpieza dejaba mucho que desear y que nuestro primer maestro y admirado periodista don Guillermo Topham hizo objeto de ironía cuando publicó: "La higiene será en el centro, porque lo que es en la periferia".

Y una noche oscura, entre aquellas rapaduras, por desgracia cayó bajo las ruedas de un coche, Pepito que, después de soportar a las puertas del Cine Atlántida, la dura competencia, más que nada por la voz gutural y profunda del señor peninsular que pregonaba: "¡Garepas, garepas!", se dirigía, bandeja de madera colgada al cuello, a vender a las chicas y a sus clientes, cartuchos de manites; uno una peteta y cinco un lulo.

Una noche regresábamos en la guagua los que teníamos novia en el campo. En el asiento delante del mío una señora joven con una niña de cinco o seis años, cuya curiosidad la mantenía con la cara pegada al cristal contemplado el exterior. Al pasar por esas casas de las Cuarenta brazas, la niña grita: "¡Mamá, mamá!, mira a papa". Me imagino que el papá, aprovechando la ausencia de la



mamá, se había ido a dar una vuelta con las chicas de mala nota. Supongo la que se armaría cuando confiado llegó a su casa.

+++++

Decían que en la calle Real de Arrecife existió un caserón en cuya planta alta se practicaba el juego de baraja, aquel vicio de nuestra sociedad de fines del siglo XIX que tanto fustigó don Leandro Fajardo en su semanario El Horizonte y al que, junto con la falta de escuelas y maestros, achacaba la mayor parte de los males existentes en el Lanzarote de aquellos años. Antonico, hombre molesto a quien todos tenían verdadero pánico de caer en su lengua viperina y desafíos verbales, era un día espectador de una de esas interminables timbas, que interrumpía con sus provocaciones, hasta que uno de los jugadores harto de soportarlo, de un fuerte empujón lo hizo rodar por la escalera. Cuando daba la última voltereta y llegaba al escalón de abajo, alguien que lo pisaba para iniciar la subida, ante el inesperado espectáculo, le dijo: "Antonico, ¿qué pasó? Antonico pronunció la frase lapidaria digna de un emperador, de un filósofo, o mejor dicho, de un cínico: ¡No sé, ellos arriba! Me lo contaron, no sé si fue verdad y ni siquiera sé quién fue el tal Antonico que no pude conocer, por otro lado muy famoso por su frase, en nuestra capital.

+++++

En los pueblos han existido personas que solo se recuerdan por una anécdota o una frase, sin que se tenga ninguna otra constancia. Recuerdo que don Pedro Medina, farmacéutico y profesor del Instinto, del que fui alumno, usaba una frase: "Me lo dijo Villaplana". Parece que su uso era frecuente en determinadas situaciones. ¿Quién fue Villaplana? Tengo entendido que un guardia municipal, un celador de fines del siglo XIX o principios del XX. Lo cito para que no se pierda su nombre y me lo imagino como los dos que yo conocí en mi niñez, bien fuera señor Pepe Duarte o don Bartolo Pérez. Uniforme un tanto raído de dril gris, gorra de visera quizá abollada y brillante por el uso, sable que al parecer era el arma reglamentaria, que ya no se usaba en mi época y a lo mejor cachimba humeante como la del señor Duarte. Se decía que el revólver que colgaba del cinturón de este, solo tenía la culata y que el resto lo dejaba en su casa para evitar el peligro de tener que usarlo.

Posteriormente, en el libro de Crónicas publicado con motivo del Centenario de la aviación en Canarias, leo que durante la estancia de la Patrulla Atlántida en Arrecife, cuya estancia se prolongó por avería del motor de uno de los hidroaviones, al guardia municipal Duarte se le encomendó la vigilancia de los aviones y que incluso dormía a bordo de uno de ellos.

Mis padres me contaban que esa avería de uno de los aviones al pasar sobre el muelle donde estaban congregadas muchas personas,

+++++

una pieza cayó quemándole la falda, sobre doña Antonia Cabrera Matallana, en esos momentos una jovencita, conocida profesora de música a quien el Ayuntamiento de Arrecife ha distinguido con su nombre una calle en la Urbanización La Concha.

El diario "La Provincia", el día 9 de diciembre de 2016, publica un reportaje del que es autor don Cristóbal Alzola Linares, titulado "La Aventura ecuatorial de la patrulla Atlántida", en el que reseña

que los tres hidroaviones Dornier Do J"Wal", bautizados Valencia, Cataluña y Andalucía, a su regreso hacen escala en Lanzarote el 14 de febrero de 1927, demorándose su partida para Casablanca durante diez días por las averías de los nuevos motores Rolls-Royce, montados en Santa Isabel. El Cataluña tuvo que hacerlo desde La Graciosa, para aprovechar el canal de El Rio, más abrigado para despegar a plena carga. El reportaje incluye una fotografía en la que aparece el motovelero Cabo Falcón, al que hacemos referencia en otro apartado sobre el Aeropuerto de Guasimeta.

+++++

En las fiestas de los pueblos, hace muchos años, uno de los espectáculos era la lucha dialéctica, entre humor y sátira, entre los improvisadores, repentistas los denominan en los países hispanoamericanos, que guitarra en mano hacían la diversión de los asistentes. Actualmente y de forma ocasional se suelen celebrar estos encuentros, sobre todo entre repentistas cubanos e improvisadores palmeros. Hemos relatado en otras ocasiones lo que nos cuenta el genial escritor insular don Isaac Viera en su libro Costumbres canarias, de la ancestral del pueblo de Femés, en el que la Noche de Navidad, los fieles al unísono silbaban en el momento del nacimiento del Niño, hasta que llegó un párroco que los prohibió por considerarlo una barbaridad. Hubo incluso intervención política del alcalde y del secretario municipal para llegar a un acuerdo, hoy sería consenso, con el cura, pero éste se mantuvo firme y contestó que el que se atreviera a hacerlo se las tendría que ver con él.

Un señor mayor comentó que él había silbado desde niño y que no lo dejaría de hacer aunque se lo mandara el Papa. En el momento en que el cura con el Niño en los brazos pasaba junto al rebelde, éste lanzó el gran silbido y el párroco, ni corto ni perezoso, cogió el niño por los pies y le dio un golpe en la cabeza del fiel, que después chorreaba sangre por la herida y el niño caía al suelo, hecho pedazos. Al salir el cura acabada la misa, un improvisador junto a la puerta, le cantó: "Al niño recién nació / lo mató el señor cura / por mor de la calentura / que cogió con el silbío".

No lo cuenta don Isaac sino que me lo contó mi amigo Honorio García Bravo. Había en la Vuelta de Abajo otros improvisadores. En una de esas controversias entre uno apellidado Camacho y otros Machín, el primero de los trovadores cantó: "De los Machines, ni los buenos ni los ruines". El otro contestó rápidamente: "Y de los Camachos, ni las hembras ni los machos".

+++++

De un alumno del Instituto se decía no tener todas las luces y entre los compañeros se conocía como El del rayo, lo que no le impidió ser un gran funcionario del que se comentaba que era capaz de hacer tres cosas a la vez sin equivocarse: escribir a máquina con extraordinaria rapidez, hablar con otra persona y fumar el Virginio que siempre tenía colgado de los labios. Tuvo una etapa crítica en su vida, pero la rehízo lejos de su isla. Pero vayamos a la anécdota. Una noche, durante esa etapa borrascosa, el jefe de su oficina jugaba su habitual partida en el Casino cuando nuestro protagonista, medio templado, se acercó y le dijo: "Jefe, ahora mismo me voy a matar". "¡Déjate de bobadas!" fue la contestación que recibió. Al poco rato vuelve: "¡Que me voy a matar!"

El jefe imperturbable. A la tercera, ya harto de tanta lata, le contesta: "Amigo, ¡mátate!, ¡mátate!, pero coño, ¡déjame terminar la partida!" Lo del apodo vino, y fui testigo, de una tarde en que

durante una fuerte e inesperada tormenta, en el patio del Instituto nos sorprendió una gran explosión. Al poco rato apareció el chico pálido y tembloroso, gritando: "¡El rayo, el rayo!" La explosión que habíamos oído fue la caída de un rayo en el mar, cerca del Castillo de San Gabriel, por donde el muchacho paseaba. Lógicamente, desde ese momento, se le conoció como "El del rayo".

+++++

Don Juan y don Gabriel eran amigos inseparables y compañeros de trabajo y, por eso, después de terminar su labor, al atardecer se reunían para tomarse unas copas, cosa que era habitual en Arrecife. Cuando los transportes de la Isla, con la llegada de las guaguas verdes de la Gildez se hicieron regulares y cumplían sus horarios, los dos amigos cogían la guagua de la carretera del centro, o sea la que comunicaba a Arrecife con Tinajo y viceversa que paraba en San Bartolomé y unas horas después volvía a parar en el regreso a la capital. Aprovechaban la parada en la ida para, en una cantina de las cercanías, charlar con la gente del pueblo y echarse la consabida copita y regresar después a la vuelta. Por ir siempre los dos juntos, el pueblo los bautizó con la terminología marinera de La pareja de arrastre.

+++++

Un medio local coexistió con la revista La Codorniz elaborada por los humoristas más destacados de la nación, bajo el lema: La revista más audaz para el lector más inteligente. Para determinadas situaciones tenían las secciones, La comisaría de papel y La cárcel de papel en las que incluían respectivamente como castigo, según el grado de delito literario, a su autor. Don Federico Díaz Bertrana durante su presidencia del Cabildo Insular de Gran Canaria, acostumbraba venir a pescar a Lanzarote y especialmente a La Graciosa. Parece que en una de esas pescas capturó un gran mero, que se resistió mucho y durante mucho tiempo a ser pescado. Nuestro medio glosó la captura con el comentario de: "A pesar de los sobrehumanos esfuerzos del mero, al final fue capturado por el pescador". Lo de calificar de sobrehumanos los esfuerzos de un mero, le valió visitar la consabida comisaría de papel, de la que fue huésped más de una vez.

El mismo medio quiso hacer una inocentada, como era habitual en aquellos tiempos, y dio la noticia falsa de que el trasatlántico portugués Santa María llegaría a Arrecife ese día, el Día de los Inocentes. La maldita casualidad que correspondió al día en que el revolucionario luso Galvao lo secuestró en plena travesía entre Brasil y Portugal. El responsable del medio fue a su vez víctima de la inocentada. Los amigos le daban la broma de que la policía estaba investigando si la noticia que había dado era la clave para que Galvao decidiera su obra criminal. Por cierto, conocí a un señor de Haría, que tuvo un pequeño comercio en la calle Francos de Arrecife, detrás de la Farmacia Tenorio, y me contaba las peripecias de la aventura a bordo del barco en el que él venía de regreso a Lanzarote, donde ciertamente no hacía escala.

+++++

En uno del interior de la Isla, como en la mayor parte de los pueblos rurales, había un agricultor que combinaba sus faenas con otras para las que se amañaba. Tenía un pequeño taller de herrería y reparaba arados, escardillos, azadas y otros instrumentos. Cuando terminaba sus trabajos y el cliente le preguntaba por los honorarios, el herrero siempre los despedía con una sonrisa beatífica

y la frase: "Eso nada, cuatro perras, ya arreglaremos". A la hora de arreglar, como él decía, nada de cuatro perras, pasaba unas cuentas que dejaba ardiendo al deudor. Una de las veces en que un paisano fue a pagar, lo dejó tan escaldado, que éste salió por la puerta de la herrería rezongando: "¡Eso nada!, ¡eso nada!; ¡este jodío herrero de tan dulce repuna!".

+++++

Los aparatos electrónicos han ido desplazando a muchos utensilios vigentes hasta hace pocos años. El fósforo que empezaba con un pequeño palillo o un trozo de papel enrollado untado en parafina y rematado en una cabeza roja que, al roce de una tirita de papel de lija pegado en la caja o que la habilidad del vaquero de las películas del Oeste americano al frotarlo con los broncos pantalones de montar, hacía estallar en llamas está hoy, como algunas especies, en peligro de extinción. Era frecuente ver a alguien agachado protegiéndolo con el hueso de la mano contra las rachas de la brisa y, después de varios intentos, por fin se encendía la punta del cigarro, no sin dejar en el suelo un reguero de palitos a los que el viento no permitió ejercer su función pirómana.

+++++

Antes de que los indios, con sus famosas tiendas en todo nuestro Archipiélago, llegaran del Extremo Oriente vía Sudáfrica, del Oriente Medio, arribaron los vendedores ambulantes, principalmente de El Líbano, integrado en aquel momento en el Imperio Turco, creado por el famoso presidente otomano Atatürk. Trabajadores y serios, muchos se integraron en nuestra sociedad y algunos llegaron a ser importantes dentro del comercio insular. Viendo la prosperidad del negocio, algunos isleños se convirtieron en "falsos turcos", se inventaron una especie de idioma con olor a exótico, y se dieron situaciones, en algunos casos trágicos y en otras cómicas. Recuerdo a Manolo el Árabe, "renegro, reseco y chicuelo", como retrató el poeta a El Piyayo, en la sala de mi casa, con la maleta abierta y exponiendo a mi madre, sobre la mesa, su oferta textil. Cuando me compró un "buzo", aquel pantalón largo, de tela azul oscuro, con un peto y unos tirantes para sujetarlos a los hombros, Manolo, sonriente le dijo: "Vas a vestir al niño de macánico". Manolo compartía con Pepe, la vivienda en un viejo caserón, muy cerca de la actual calle "Alcalde Antonio Cabrera", la popular Avenida de las palmeras, de San Bartolomé. Se dijo que por celos, una noche Manolo atacó a Pepe con un hacha, hasta causarle la muerte. Durante mucho tiempo, el borde del postigo por donde su compañero quiso salir y no pudo, tuvo una mancha oscura de la sangre reseca de la víctima. Manolo huyó y me dice mi amigo Fernando, que un grupo de vecinos colaboradores con la administración de justicia, en el que estaba un primo suyo, lo localizó en una de las innumerables cuevas volcánicas de la Isla, donde fue detenido. Juzgado y condenado por el crimen, al parecer unos años después falleció en la prisión de Las Palmas. La parte cómica la protagonizó uno de aquellos falsos ambulantes. No debió ser "trigo limpio" y, en la ocasión en que uno de sus clientes se sintió engañado, lo esperó a la vuelta y lo recriminó de la posible estafa. Cuando se vio atrapado, el vendedor quiso recuperar su exotismo y le dijo: "Yo ser de Turquía (con acento en la u) y no entenderte nada; no, no comprenderte". La víctima entre empujones más o menos violentos, le replicó: "Qué Turquía, ni Turquía, devuélveme las perras, qué te conozco bien, tú no eres de Túrquia, tú eres Juanito el de Las Nieves".

+++++

Don Román era un albañil de Arrecife, famoso por sus bromas y que dio su nombre a determinada Institución local. Mi amigo Manuel Bravo me contaba alguna de las simpáticas bromas reales o atribuidas, por su carácter, a don Román.

Don Juan Ramírez, párroco de Arrecife, de quien tengo recuerdo de mi niñez allá por los años 40, pensó que era conveniente albear la iglesia y encargó a don Román hacerlo, pero pidió que primero le proporcionara un presupuesto del trabajo. El albañil le indicó que primero tendría que medir la superficie a pintar. Un día llamó a la Casa Parroquial: "Don Juan, vengo para medir la iglesia, pero tiene que ayudarme". La ayuda que solicitaba era que, del ovillo de liña que traía en la mano, el párroco sujetara una de las puntas para dar la vuelta al contorno de la edificación, que él se encargaría de buscar a alguien que sujetara la otra punta. El secretario del juzgado que tenía su sede en una de las dependencias de La Recova inmediata al templo, en sus ratos de ocio, salía y se colocaba en la esquina de la calle Manuel Miranda, de conversación con los que pasaban por allí. "Don Rafael, ¿quiere mantener la punta del hilo, que don Juan el cura lo está manteniendo por la otra y medir la iglesia que voy a albear?" Don Rafael que era la bondad personificada, accedió. Don Juan por un extremo y don Rafael por el otro, esperaban pacientemente a que el albañil realizara su labor. Pasado bastante tiempo, el cura le dijo a alguien que pasaba por allí: "Acércate al otro lado de la iglesia y dile a Román que si tardará mucho en acabar de medir". "¿Román?, si yo vengo de al lado de la casa y hace bastante rato que entró para almorzar".

Nuestro simpático protagonista, después de zafar del trabajo, solía reunirse con los amigos en el Bar quita penas en Puerto Naos, a casi un kilómetro de distancia de su domicilio en una calle céntrica. Una de esas tardes le debió parecer muy lejano el regreso que, repentinamente, le dio un patatús. Los amigos preocupados intentaron reanimarlo, pero les fue imposible, por lo que decidieron llevarlo en brazos hasta su casa. Turnándose de cuatro en cuatro, hicieron la larga travesía. Cuando llegaron, avisaron a la familia y lo depositaron con mucho cuidado en la cama. Los portadores se despidieron de la familia y, cuando se marchaban, se abre el postigo, asoma la cabeza y les dice con una sonrisa: "Gracias por el acarreto". Para la gente joven hemos de aclarar que acarreto era lo que se pagaba por transportar una mercancía, fundamentalmente en un carro.

Don José Pereyra y doña Bienvenida de Páiz era un matrimonio acaudalado sin hijos y él uno de los intelectuales de Lanzarote que hizo su carrera sobre agricultura en Montpellier. Su bodega de vinos de La Geria era famosa. Su casa, un enorme caserón en la calle Real, cuya conservación parece asegurada por haberse incluido en el catálogo correspondiente, en determinado momento necesitó alguna reparación de la que encargaron a nuestro albañil. En medio de ese trabajo don José tuvo que desplazarse fuera de la Isla y advirtió a don Román que si necesitaba algo lo pidiera a doña Bienvenida. Cuando el esposo regresó preguntó a su esposa si Román había necesitado algo para el trabajo. "Sí, me pidió una botella de vino moscatel para amasar la escayola, que así pegaba mejor".

Aquel cura, don Juan Ramírez tenía un gran carácter. La Noche de Navidad, la Misa del Gallo, era un verdadero espectáculo con grupos folclóricos, ranchos y recitales de versos. Más que fieles, los que acudíamos éramos espectadores y no se guardaba la compostura que el sacerdote deseaba; se hablaba en voz alta e incluso subidos a los bancos pare ver mejor. Una de las noches en que el tumulto era mayor y las órdenes de don Juan nadie obedecía, en un arrebatado, gritó a uno de sus

colaboradores habituales de las ceremonias religiosas: "¡Eutimio! ¡Trae un palo!" A pesar de los años transcurridos, aún parece resonar en mis oídos.

+++++

Una personal, quizá irrespetuosa con una pobre señora a la que pido perdón, y que no tenía culpa de parir un hijo gamberro. Un atardecer estaba viendo la televisión cuando sonó el teléfono. Al descolgarlo unas risas juveniles y oigo la pregunta: "Oiga, ¿eso es una casa de putas?" La contestación me salió rápida y espontanea: "Supongo que sí; tengo sentada aquí al lado a tu madre".

Una vez leí a don Guillermo Topham de alguien que fue por lana y salió trasquilado: "¿No querías viento, Colón?, ¡Toma brisa!"

+++++

Un día en el Registro don Emilio Sáenz ojea el periódico. Ante una esquila mortuoria, dice: "¡Hombre!; éste era un compañero mío de curso". Sigue leyendo y rectifica: "No, este no era mi compañero ya que tenía más de noventa años. ¡Éste estaba para archivar!"

+++++

Lo cuento por la circunstancia histórica seguramente casi olvidada. A mediados de los años sesenta de los mil novecientos, la escuadra naval francesa, de maniobras por el Atlántico, hizo parada en Lanzarote con algunos barcos, entre ellos el insignia, creo que el portaaviones Clemenceau, y estuvo varios días fondeada en las afueras del puerto, detrás del Islote de La Fermina. Durante esos días Arrecife se vio invadido de marineros con la clásica camiseta de rayas horizontales blancas y azules. Una de las tardes mis hijos, Antonio y Augusto, de cuatro o cinco años, estaban sentados en el chaplón de la oficina del Registro, en el edificio de la calle Real, que en aquellos momentos era sede de la Sociedad Círculo Mercantil, aunque todavía la entrada tenía grabada en el suelo el de Democracia. Dos marineros venían por la acera y uno de ellos les acarició la cabeza y al ver un revolver de juguete en manos de uno de los niños, le dijo en español: "Hola pistolerín".

+++++

Creo que fue don Pio Baroja quien decía que en Asturias, los jóvenes de Panes y Potes alternaban las incursiones en el otro pueblo para, garrote en mano, dilucidar quienes eran los más fuertes. Un amigo asturiano me confirmaba que esta situación la había conocido él. Aquí en Lanzarote, no grupos de jóvenes sino individualmente, era corriente que quien se creía gallito de un pueblo se trasladara a otro a desafiar al que también se destacara por esa virtud. Tuve un buen amigo, bastante mayor que yo, que en su juventud fue uno de esos desafidores, hasta que un incidente que puso en peligro su vida lo retiró de la afición. La moda del desafío, en una época coincidió con el auge de la producción de cebollas y su exportación, que hizo recurrir a la importación de más camellos, el mejor medio de transporte del producto. Era frecuente que un camello en celo escapara del control de su dueño, lo que era un verdadero peligro por su alguna vez mortal agresividad. Yo conocí cuando ya rebasaba los noventa años a otro señor del que se decía su juventud competitiva de audacia y fortaleza. A esa edad todavía conservaba un aspecto impresionante. Cuando en Arrecife se notaba la ausencia de hombres en la calle, se decía: "O hay un camello caliente suelto o

Rafael el de Tinajo está en el Puerto". No creo revelar ningún secreto ya que me lo contaba, muy orgulloso, uno de sus nietos.

+++++

Creo haber dicho que mis cuarenta y dos años en el Registro de la Propiedad me dieron ocasión de entrar en contacto con muchas personas. Ya he contado algunos casos, pero también vienen a mi memoria otras anécdotas:

Cuando empecé mi trabajo en mayo de 1960, estaba instalado en un local del noble edificio en que tenía su sede la sociedad entonces denominada Círculo Mercantil, hoy Sociedad Democracia. El edificio era y es noble pero el local del Registro era lo más parecido a lo que el semanario La Codorniz calificaba como oficina siniestra. Libros, muchos de ellos centenarios, deteriorados, mobiliario estropeado, paredes desconchadas y quizá hasta aquella araña colgando en una esquina con que la revista adornaba los dibujos. Don Mariano López, político que fue alcalde casi perpetuo de Haría y Procurador en Cortes, era muy amigo y pariente del registrador don Alfonso Zabaleta Arias y, casi diariamente, acudía a la oficina para charlar un rato. Don Mariano destacaba por su fina ironía. En una de las visitas, al despedirse, se acercó a la puerta, se volvió a los que quedábamos dentro, levantó el brazo y exclamó: "Quédense ustedes con Dios, ¡si es que Dios se atreve a entrar aquí dentro!"

En otra ocasión fue don José Luis Sáenz de Heredia, famoso director de cine. Había comprado unos terrenos y compareció para determinados trámites sobre su propiedad. Como casi siempre, fui quien lo atendió. Cuando terminamos de hablar sobre lo referente a la visita, al despedirse me dijo en son de broma: "Por favor, no modifiquen este local. Estoy proyectando una película de terror y me gustaría rodar algunas escenas aquí dentro".

También conocí al político don José María Gil Robles ya retirado de las actividades públicas, que venía a gestionar algo relacionado con las propiedades de algún cliente. Me imagino que también quedaría impresionado del aspecto de la oficina, pero prudentemente se lo calló.

La siniestra ambientación cambió cuando otro Registrador, don Ricardo Seco Gómez, bondadosa persona pero un tanto excéntrico, dijo que el local era indigno de la institución y se pasó a la calle Riego, dotado de mobiliario moderno y digno. Dije que excéntrico porque, entre otras cosas, vivía en Gran Canaria, en un yate de su propiedad, era socio del Aeroclub y solo acudía al Registro los sábados. Venía en una avioneta del club y recuerdo que la primera inscripción de un edificio en la novedosa propiedad horizontal fue el edificio Philips en la esquina de las calles José Molina y General Goded, hoy Nicolás Martín Cabrera. De propiedad horizontal no teníamos ni la menor idea. Ese sábado cerró el Registro, nos dio vacaciones y el lunes, cuando llegamos, estaba inscrita la primera finca de Lanzarote de acuerdo con la nueva figura jurídica. Don Ricardo en verano venía en su barco con toda la familia y fondeaba en cualquier playa.

Al Registro acudía con frecuencia una señora mayor, de La Asomada; típica campesina de traje bajo de color claro, pañuelo y sombrero que educadamente se quitaba al entrar. Amable y simpática, pero se le adivinaba un fuerte carácter, y me contaba sus cotidianos desencuentros, como se dice actualmente, con su esposo. Un día llegó sonriente: "Ya lo pude echar a la calle". Unos días después,

satisfecha, me entregó un papelito con un número: "Ya tengo teléfono". Es posible que eso de poner o no teléfono fuera uno de los desencuentros.

+++++

El Premio Pulitzer de novela John Kennedy Toole, en su famosa novela "La conjura de los necios", que se desarrolla en Nueva Orleans, dice textualmente: "George se escondió corriendo en una de las arcadas del antiguo edificio del gobierno español, el Cabildo".

Rosalía, una joven ecuatoriana asidua de mi casa, me dijo un día que si tenía una piola para atar un paquete y en otra ocasión que en su tierra los camotes eran un alimento de mucha necesidad. La primera idea cuando oí lo de piola fue la del juego infantil de saltar por encima del agachado, pero realmente es una palabra ya en desuso y es lo que entre nosotros, sobre todo entre los marineros, seguramente por influencia portuguesa, se denomina liña y por los peninsulares cuerda. Camotes son nuestras batatas. Todo me vino a la memoria leyendo el libro Por la otra orilla de Agustín de Foxá que, con motivo de su paso por Perú, emplea términos del país, como: "La garúa limeña, es como el orgallo del norte de España, un rocío nocturno... "o "El techo de tierra-la torta-cubre los edificios". Nosotros llamamos garuja o garuga a una ligera llovizna y torta era la mezcla de teigue o barro, con granzón o paja de garbanzos, para cubrir los techos de vigas como soporte de piedra hornera sacada de las Montañas del Fuego o de ripia, trozos de madera de tea sobrantes de las carpinterías. También lo obsequiaron con camotes.

Cuando los ladrillos para los pisos no estaban al alcance de muchas personas, se extendía una capa de cemento mezclada con polvos para colorearlo y después, cuando estaba casi seco, se le daba callao. De rodillas, con un callao de grandes dimensiones, se pulía hasta quedar reluciente.

El juego de la piola, pídola para los peninsulares, era aquel en que, después del sorteo, el perdedor se agachaba para que los demás jugadores saltaran sobre su espalda y tenía varias modalidades.

En la piola corrida se formaba una fila de jugadores y se sorteaba. El perdedor se agachaba para que saltara el primero, que a su vez se agachaba para que el segundo saltara sucesivamente sobre los dos y también se agachaba después de haber saltado. Se seguía saltando alternativamente hasta que el cansancio acabara con el juego.

En las demás se recitaba una especie de letanía que había que decir sin equivocarse. En una modalidad: "A la una la mula"; "A las dos el reloj"; "A las tres saltando y pegando una coz" (se daba una ligera patada al perdedor); "A las cuatro quilindro (¿equilibrio?) y salto"; "A las cinco quilindro y brinco"; "A las seis el pan del rey"; "A las siete saltando y poniendo mi carapuchete" (al saltar había que colocar sobre la espalda del agachado una gorra o algo similar); "A las ocho saltando y recogiendo mi mocho" (después de haber invertido la colocación de las prendas, cada uno iba recogiendo la suya); "A las nueve levántale el rabo a la burra y bebe" y "A las diez levántaselo otra vez". Cualquier equivocación daba lugar a sustituir al perdedor y empezar de nuevo.

En Arriba arribita se recitaba: "Arriba arribita, hay una montañita"; "En la montañita un árbol"; "En el árbol un nido"; "En el nido tres huevos"; "Uno blanco, otro negro y otro rojo"; "Cogí el blanco y



me quedé manco" (para saltar solo se podía apoyar una mano); "Cogí el negro y me quedé tuerto" (con un ojo cerrado); y "Cogí el rojo y me quedé cojo" (se saltaba a la pata coja).

En el Chichiri voy se formaban dos equipos. El capitán del perdedor en el sorteo se colocaba de pie apoyando la espalda en la pared haciendo de almohada. Sus compañeros se colocaban uno detrás de otros, doblados por la cintura y sujeto a la del anterior hasta formar una especie de cadena de espaldas dobladas. El equipo vencedor, empezando por el capitán, uno a uno cogían impulso y al grito de: "¡Chichiri voy!, de los pies a la cabeza me voy", saltaban sobre las espaldas de los condenados quedando montados, procurando hacerlo lo más adelante posible para dejar espacio a los compañeros. Desde que uno de los vencedores, encaramado en la espalda de los perdedores, tocaba el suelo con el pie, todo su equipo quedaba condenado a agacharse y soportar el salto de los nuevos vencedores.

Una frase interrogativa daba nombre a otro juego: ¿Huevo, caña, araña o guincho? Era entre dos. El ganador del sorteo se montaba sobre los hombros del perdedor y se sujetaba fuertemente cruzando las piernas por el pecho y espalda del compañero de juego. Los nombres que formaban la interrogación se debía a la forma en que el ganador, subido a lo alto colocaba los dedos de una mano, con el brazo extendido. Huevo era cuando los dedos pulgar e índice formaban un círculo; caña con el dedo índice extendido; araña se formaba con los cinco dedos abiertos y algo flexionados y guincho con el índice formando una especie de garfio. Una vez colocados los dedos en una de las formas, hacía alguna de las preguntas a su criterio: "¿Huevo?" o "¿Caña?" o "¿Araña?" o "¿Guincho?" Si la contestación de portador era acertada, cambiaban de postura para iniciar nuevamente el juego. Si no acertaba se hacía otra pregunta.

+++++

Doña Carmen, conocida como Carmen la de los perros, que siempre la acompañaban, fue uno de los personajes más populares del Arrecife del siglo XX. Con el pañuelo enroletado, falda blanca y delantal negro, semejava la asturiana del anuncio de la sidra. Novia eterna y finalmente soltera porque su también novio eterno el cabo primero Fabelo murió en un accidente cuando se trasladó a Las Palmas. Con el tiempo su mente se fue deteriorando y terminó padeciendo lo que hoy se denomina síndrome de Diógenes y acumulando en su casa de la calle Otilia Díaz, bolsas de restos de comidas que decía dedicaba a alimentar a la multitud de perros y gatos que la rodeaban y gaviotas que revoloteaban sobre la azotea. Por su andar por las calles era diana de bromas contra las que, algunas veces, reaccionaba con gritos desahogados. Recuerdo cuanto la Iglesia introdujo en sus ceremonias los cantos compartidos con los fieles, en una misa en medio del pasillo central, decir en voz más que alta: "Esto es como la misa de los moros".

+++++

Don Rafael Hernández Díaz, muy conocido por su fábrica de refrescos y origen de una zaga de árbitros de fútbol, era además funcionario de Sindicatos, que tenía su sede en un edificio que ocupaba el solar donde ahora se levanta el Bulevar Spínola, me contó que cuando se creó el Seguro de desempleo, un día se acercó a la oficina un individuo que le preguntó: "Don Rafael, ¿aquí es dónde se apunta uno para cobrar echao?"

+++++

Don Carlos Slim es un mejicano del que se dice tiene una de las mayores fortunas del mundo y propietario de emisoras de radio y televisión. Creo que con motivo de algún festival de música, el Cabildo lo invitó a cenar en los Jameos del Agua. En medio de la cena sacó del bolsillo un tarrito con la famosa pimienta mejicana. La aplastó contra el plato. "Así pica más", fue su comentario. En una mesa cercana también cenaba una pareja. Cuando vio la maniobra de Slim, la señora se acercó en solicitud de algunas. "Yo también soy mejicana y hace tiempo que no consigo ninguna".

+++++

Parece que la primera sede del Cabildo Insular de Lanzarote estuvo en un caserón que posteriormente se destinó a Instituto de Segunda Enseñanza, en Las cuatro Esquinas, confluencia de las calles, Real posteriormente nominada sin ninguna justificación histórica León y Castillo, Cienfuegos y El Charco, después Jacinto Borges, y que hace unos años fue derribado para dar salida al Charco por la calle Real, hoy adornada con un esqueleto de ballena del que las palomas han hecho su morada. Un prestigioso abogado y presidente del Cabildo, don Carlos Sáenz Infante, decidió construir un nuevo edificio, el que debida y afortunadamente restaurado y recuperado para nuestra historia y cultura, ha pasado a denominarse popularmente Casa amarilla En una vieja fotografía tomada desde la Boca del Muelle se localiza una especie de almacén de planta baja y techado a dos aguas que también se derribó para construir el Cabildo. Por su configuración, bajo y ese tipo de cubierta, el pueblo lo denominaba La camella tuchida. Me contaba don Antonio González García, Jefe de Telégrafos, conocido por don Antonio El Palmero por ser su familia originaria de aquella isla, que el almacén era el establecimiento de un sastre a quien apodaban "Chero". La chiquillería se acercaba a la puerta, le gritaba el nombre y él, indignado, salía corriendo por la calle Real, detrás de los muchachos. Para el primer traje de hombre, el padre llevó a don Antonio al sastre. Parece que el pantalón no quedó muy bien confeccionado y cuando el padre fue a hablar con él, se disculpó: "Sí, reconozco que el pantalón tiene ese defecto, pero de mangas anda muy bien".

Un funcionario ejemplar del Cabildo y amigo particular, Gonzalo Pérez Parrilla, localizó allá por los años 80 a 90, en el archivo, el proyecto y presupuesto del edificio de la institución.

+++++

A mediados del siglo XIX varias epidemias importadas de nuevas tierras colonizadas, asolaron a las Islas. Alguna denominada enfermedad de San Lázaro hizo que se construyeran una especie de hospitales para que en ellos se cumplieran la cuarentena las personas llegadas de zonas en las que la epidemia se había desarrollado. Recuerdo ver las ruinas, las paredes, de un edificio en lo alto de La Bufona, detrás de la nueva sede del Cabildo Insular, que se conocía como El Lazareto. Hace unos años con mi amigo y contertulio Paco Morales, pateamos la zona en la que él decía aún quedaban vestigios de la edificación, pero no localizamos ninguno. Alguien me contaba, y luego lo confirmaba la hija de un militar que también lo oyó a su padre, que un señor de El Reducto, con las facultades mentales alteradas, lo convirtió en una especie de templo en el que, con su vestimenta adecuada, acompañado de algunas mujeres, decía misa.

+++++

En la primera mitad del siglo XX se había establecido en Guatiza un señor de Gran Canaria , político un tanto polémico y que, como era corriente entre los intelectuales, usaba una especie de maletín de forma casi cilíndrica con un asa para transportarlo, con el que lo vi muchas veces en Arrecife. Los cazadores para llevar sus hurones, usaban la huronera, también de forma cilíndrica que muchas veces se fabricaba aprovechando un pitón grueso que debidamente ahuecado, con unas tapas metálicas con unos agujeros para respirar el animal, eran un tanto similar al maletín de los intelectuales. El señor Curbelo, de Yaiza, conocido bromista, se encontró en la capital con don Manuel, que llevaba en su mano el consabido maletín. Se detuvo y señalándolo con el dedo, le dijo: "Don Manuel, ¿jurón o jurona? Me lo contó don Emilio Sáenz.

+++++

La compañía aérea Iberia comenzó sus vuelos entre las Islas con aviones Junker procedentes del Ejército que habían participado en la Guerra Civil y de los que se decía la broma de que sus piezas estaban amarradas con vergas como, también en broma, del camión de Dionisio de San Bartolomé, y eran tan seguros que en caso de avería aterrizaban en cualquier lugar y sus ocupantes bajaban tranquilamente. Recuerdo uno militar que al aterrizar en Guasimeta, pasó la carretera de Tías donde dejó las ruedas y se arrastró por la ladera. No hubo víctimas y, después de muchos años de abandono en el aeropuerto, un día presencié en el muelle que un motovelero del Ejército del Aire, el Cabo Falcón, se llevó la chatarra para Gran Canaria. Don Santiago Trujillo fue uno de los pilotos destacados, sobre todo en su labor en la entonces denominada Provincia de África Occidental Española. Aquí llegó de coronel y jefe del aeropuerto, hasta que se jubiló. Hicimos gran amistad y, durante la toma del café, para lo que iba diariamente a buscarme al Registro, me contaba incidencias de su vida profesional. En una ocasión lo encargaron de llevar uno de esos Junker sobreviviente, desde Gran Canaria hasta Madrid, para integrarlo en un museo. La ruta normal era dando saltos a través de las ciudades españolas de aquella provincia y que humorísticamente se denominaba la Ruta del saltamontes. Pidió permiso para cambiar de itinerario. Llenando de combustible unos depósitos suplementarios, dar el salto directamente de Lanzarote a Madrid. Aquel tipo de avión tenía tres motores. Apenas despegaron de Lanzarote, el copiloto le indicó: "Mi comandante, a uno de los motores se le cayó la hélice". El problema era aterrizar con un motor menos y lleno de combustible. Lo pudieron hacer. "La hélice debe estar en el fondo de Puerto Naos", me decía.

Cuando Iberia inicia sus vuelo, al principio lo hace cada quince días, luego semanalmente, incrementándolos a medida que aumentaba la demanda. Me dice Antonio Arencibia que un día entra en el Casino, pasando entre la fila de Moros notables que ocupaban los sillones del zaguán de entrada, don Andrés Fajardo le pregunta: "Antonio, ¿qué es ese papel que llevas en la mano?" "Es un pasaje para ir en avión a Las Palmas". Don Andrés, que no era profeta, le replicó: "Si quieres volar en avión, aprovéchalo, pues no creo que vengan muchos más".

Qué pensaría don Andrés si viviera y leyera que hace unos días, en un solo, habían aterrizado 110?

## **ANÉCDOTAS VIVIDAS, FAMILIAR O PERSONALMENTE, EN RELACIÓN CON EL AEROPUERTO:**

Hace más de sesenta años y con más de noventa de edad, murió mi abuela Margarita sin haber cobrado las 300 pesetas que le correspondían como indemnización por la expropiación de unos terrenos para la construcción de Aeródromo militar de Lanzarote. A sus numerosos herederos un técnico jurídico hoy les informaría que la acción para reclamar los 1,80 euros aproximadamente que les correspondería al actual cambio, está más que prescrita.

Un avión corre por la pista de Guasimeta camino de Gran Canaria. El reventón de una rueda delantera lo frena y escora peligrosamente. Se abre la puerta y una joven veinteañera, sin esperar a su madre y a futura suegra que la acompañan, ni a que colocaran la escalera de acceso, salta del avión y atraviesa corriendo hasta parar en la antigua terminal. Yo le digo a mi esposa, con una pincelada de humor y un brochazo de exageración, que seguramente es la única persona de Lanzarote que, sin ser paracaidista, se ha tirado de un avión en marcha.

En el aeropuerto de Lanzarote después de pasar el control de la Guardia Civil, incluido el arco detector y depósito de pertenencias en la consabida bandeja, cuando uno de los guardias me hace señal de que me detenga. Pensaba que algo había ido mal en el control, cuando me dice: "Usted es don Antonio". Ante mi respuesta afirmativa, añade: "¿No me conoce?" Esta vez la contestación fue negativa. "A usted lo casó en Guatiza don Santiago el cura, yo era el monaguillo que le ayudaba y su suegro me dio un duro". No había olvidado aquellas cinco pesetas que para un muchacho, en aquel julio de 1960 era un verdadero tesoro.

+++++

Gonzalo Pérez, gran aficionado al teatro, me recomendó que asistiera a la obra Las Manos de Eurídice que se escenificaba en el primitivo Teatro Atlántida. La sorpresa desagradable para María de los Ángeles y mía fue que, junto a nuestra butaca, numerada y sin posibilidad de cambiar, nos tocó un individuo a todas luces con intoxicación etílica, repantingado en su asiento, combinaba frases de protesta que mascullaba, con fuertes carcajadas. Nuestro alivio vino cuando se apagan las luces y se abre el telón, el individuo se levanta y tambaleándose y agarrándose a las butacas, cruza por delante de nosotros pero que, para sorpresa, cuando llega al pasillo, en vez de encaminarse a la salida, corre hacía el escenario y sube sus escalones. El borracho era el gran actor Enrique Guitart que, durante casi dos horas, nos deleitó con su arte interpretando el famoso monólogo. Debió ser a principios de los años 60 de los 1900.

+++++

Tengo en mi biblioteca el libro Caracas y la poesía, dedicado por su autor, don Luis Pastori, que fue Ministro de Cultura del Gobierno de Venezuela, y que presidió la comisión venezolana que trajo el busto de Simón Bolívar. La fecha de la dedicatoria, 10 de Septiembre de 1982, es la de la inauguración del monumento, obra de Jesús Soto, en la plaza del mismo nombre. En representación del Cabildo Insular intervine en el acto inaugural. Entre el numeroso séquito descubrí a un profesor del que fui alumno en el Instituto de la calle Coronel Bens, hoy Instituto Agustín Espinosa, don Ángel

Molina, natural de Gáldar en Gran Canaria, que se distinguía por su timidez, que le hacía tartamudear en algunas ocasiones. Inmediatamente lo fui a saludar: "Qué hace por aquí don Ángel?" Me contó sus aventuras y la marcha a Venezuela poco después de haber estado de profesor en Arrecife. Lo curioso es que me dijo que su primer trabajo: "Fue de lo, ..lo . .cutor de radio". Yo pensé: ¡Como serían los demás locutores!

Posteriormente visitó la isla el Presidente del Senado Venezolano del que tenemos un grato recuerdo y un significativo obsequio.

+++++

En la primera época en que Lanzarote se puso de moda, años sesenta y setenta del pasado siglo, fueron muchos los personajes famosos, casi famosos o relacionados con alguno de ellos, que la visitaron e incluso vivieron largas temporadas. Sara Churchill, creo que nuera del que fuera Primer Ministro británico, al parecer dada, como la Reina Madre, hoy Reina Abuela, al trago de ginebra, construyó su vivienda en la Cuesta de Trujillo, de Haría, casi junto a la de Rafael Neville, hijo del comediógrafo Edgar Neville, que lucía su mochila al hombro. Doña Elena Tolstoy, descendiente de León, famoso escritor ruso, estableció una boutique en la calle Coronel Bens esquina a José Antonio, y construyó su vivienda en la orilla de Playa Honda, cerca del aeropuerto, que se conocía como Casa de la rusa y tenía un cartel como "Las Aulagas". Sir William Pollok, embajador británico o norteamericano, construyó su hogar en la avenida de Playa Blanca, Yaiza, después transformada en el hotel "Casa del embajador". Doña Carolyn Wriqth, al parecer elegida Miss en algún estado norteamericano, esposa de don John del mismo apellido, cónsul, que vivieron muchos años en Tías. Traté mucho a una amable viejecita inglesa, Isabel, que un día me indicó que su apellido familiar era Montgomery. Cuando le indique que era el del mítico general inglés de la Segunda Guerra Mundial, ganador de la batalla del Desierto, me contestó: "Si, mi tío Monty, hermano de mi padre". Se marchó cuando unos gamberros entraron en su casa a robarle y, al no encontrar dinero, la incendiaron. Una vez volvió de turista y en su visita me dijo que su trabajo allá era pasear perros, por lo que le pagaban. Un día doña Nieves Ramírez me presentó a un señor noruego. Me aclaró que su nombre era don Max Manus, el héroe que había capitaneado al comando que destruyó el agua pesada que los nazis tenían en los laboratorios de su país como previo a la construcción de la bomba atómica. Su hazaña, decisiva para el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, dio lugar a una película, Los héroes de Telemark, aunque su figura física creo recordar no encajara en la de héroe cinematográfico. El escritor alemán Sven Hassel, que participó en esa guerra, en su novela "¡Liquididad París!", pone en boca del nazi Himmler, dirigiéndose al general Von Choltitz, a quien habían encomendado la destrucción de la capital francesa, la frase: "Choltitz, ¿acaso abriga alguna duda sobre la victoria final? No tema; solo nos ha retrasado el sabotaje de Noruega..." Quizá la figura más típica fue la de Jean Pierre Giradoux, hijo del célebre escritor francés y creo también escritor. Un tanto excéntrico, nos contaba don José Figuerero, director del Hotel Los Fariones donde se hospedaba, que tenía como mascota un perro o diablo de Tasmania que, el día que lo dejó en la habitación, cuando regresó había destrozado hasta los colchones. Compró una casa en Playa Blanca. Después de muchos años, me telefona don Alfonso de Armas, director de la Casa de Colón, de Las Palmas, para comunicarme haber recibido una carta de los familiares de Giradoux, solicitando que

averiguara si realmente era dueño de una casa. Le indiqué que solicitara una certificación del Registro de la Propiedad de Tías, donde estaba inscrita a su nombre.

+++++

Se decía que, a principios del siglo XX, los ricachones de Lanzarote cuando iban a Las Palmas a consultar a un médico, llevaban en la maleta un uniforme de pordiosero que se vestían para asistir a la consulta y así provocar la piedad del galeno y que la minuta fuera acorde con el aspecto menesteroso del paciente. Supongo que el truco no valdría con el famoso doctor don Rafael González Hernández que, como buen lanzaroteño, seguramente conocería de qué pata cojeaba cada uno de sus paisanos.

+++++

Cuando alguien no tenía todas las luces mi amigo Gonzalo Pérez decía que le faltaban unos hervores, pero lo más frecuente y popular era: "Le falta un cuarto para la fisca". La fisca era una moneda que seguramente estaría dividida en cuartos. En mi niñez recuerdo ver una de esas monedas que no era plana, sino ligeramente cóncava.

+++++

El reloj del viejo edificio del Cabildo Insular, cuando en Arrecife había luz eléctrica solo por la noche, funcionaba con pilas que cuando se agotaban las campanas quedaban silenciosas. Cuando llegaba un nuevo presidente tengo el presentimiento, que una de sus preocupaciones, como prueba de renovación, era que el reloj funcionara. No fuimos menos ya que las campanas, no sé si por ese motivo o por otro, no sonaban. Hablamos con Francisco Armas, encargado del mantenimiento y nos dijo que eso se solucionaba fácilmente. En efecto, las campanas alegraron nuevamente a la calle Real. Al día siguiente al llegar, una llamada de doña María Teresa Armas, que vivía enfrente, justamente indignada, me dijo: "Antonio, ¡apaga ese reloj que no me ha dejado dormir en toda la noche!". Francisco lo arregló inmediatamente con un artilugio que desconectaba las campanas desde las ocho de la noche hasta las ocho de la mañana.

+++++

En la época en que las comunicaciones entre las islas se realizaban por los llamados correillos negros, a Lanzarote llegaban los martes por la mañana y los viernes por la tarde. Como los relojes japoneses aun no estaban en circulación; el reloj del Cabildo marcaban una hora diferente cada una de las tres caras y las campanas de la Iglesia que regulaban la vida ciudadana a las doce y a las dos de la tarde, lo hacían cuando el monaguillo de turno se acordaba, el horario era un verdadero caos. La salida de los correos se anunciaba con unas pitadas que llegaban a todos los extremos de la capital. Una, media hora antes de la salida; dos, un cuarto de hora y tres en el momento próximo a la partida. "Avíate Pepe, que ya el correo tocó la segunda", era una frase frecuente. Gerardo, "Lalo" popularmente, no tenía sus facultades mentales debidamente desarrolladas. Su padre era muy amigo de los capitanes de los barcos, y el entretenimiento de Lalo los días de correo, con permiso de aquellos, era tocar la bocina. Miraba el reloj, que él si tenía, y se dirigía a un cable que cruzaba el

puente del barco y, reglamentariamente tiraba, una, dos y tres veces. Luego, sonriente por haber cumplido el deber, bajaba por la pasarela y carretera del muelle adelante, regresaba a su casa en la calle Canalejas.

Mi tío Augusto era funcionario de Obras Públicas y frecuentemente se encontraba en el muelle junto al barco que partía. Un martes al medio día, junto a su amigo don Jaime Lleó Mira, alcalde de Yaiza, esperaban la salida del barco, que ya había tocado la tercera, cuando vieron que una señora llegaba corriendo desesperada con una maleta en la mano y haciendo señales de espera. Ya el barco empezaba a despegarse y, entre los dos, para que no lo perdiera, la cogieron por los brazos, la pasaron sobre la barandilla y la metieron dentro. La sorpresa fue que, cuando la señora se vio a bordo y pudo respirar, exclamó: "¡No!; si yo no me iba para Las Palmas, la maleta era para mi hijo que ya estaba dentro del barco". Augusto y don Jaime, que tenían mucha amistad con los capitanes, hicieron señas al de turno, le explicaron y el barco volvió a atracar para dejar a la señora en tierra. Me lo contó don Emilio Sáenz.

Después de la llamada Guerra Civil era frecuente encontrar al pie o prendidos del manto de las Vírgenes más veneradas de las Islas, la de Los Dolores o la del Pino, objetos metálicos, monedas, medallas o chapas de cinturones militares, con el impacto que una bala le había causado. En aquella época de ambiente religioso, el soldado o su familia, los habían donado en agradecimiento por el milagro que supuso la detención del proyectil que pudo ser mortal. Mi mismo tío Augusto y unos amigos, en el Casino, contemplaban una pistola que uno de ellos había comprado, cuando sonó un disparo accidental. Mi tío sintió un pequeño golpe y encontró en el bolsillo del chaleco el proyectil y uno de aquellos enormes duros de plata también deteriorado por el impacto. Él, que no era religioso, no lo donó al santuario, pero lo guardó siempre con el agradecimiento de lo que seguramente le salvó la vida.

+++++

Los barcos de las flotas insulares eran de características más variadas, y cuando alguna de ellas destacaba, o cualquier otra circunstancia, servía para ser conocido en vez del nombre de su bautismo oficial. Recuerdo la goleta que tenía la proa curva, que dio lugar a que se le llamara El Mocho o la balandra de casco metálico era La Juanita de hierro. Había dos Rápidos y para distinguirlos, a uno se le conocía como el del Bruno. Me contaba mi primo Augusto, profesional de la materia y por tanto presente en el ambiente, que un pequeño vapor de cabotaje entre las Islas Occidentales que, por alguna deficiencia en la construcción navegaba escorado a una de las bandas, en el argot porteño se le conocía como El Tumbadito. Siempre me intrigó el nombre uno de los barcos, no de pesca sino de cabotaje, del que fui testigo de su arribada por primera vez, procedente del Cantábrico y con un cargamento de leña: El popular "Astelena". En la televisión, el famoso cocinero Arguiñano habló de un establecimiento famoso de comidas en San Sebastián, con el mismo nombre.

+++++

Hasta hace pocos años el servicio militar era obligatorio y, llegada determinada edad, cada hombre era llamado para entrar en la lista de lo que se denominaba la quinta y, desde ese momento estaba

sujeto a la jurisdicción militar. Cuando algunos amigos se encontraban no se preguntaban por la edad que tenían; la pregunta era: "Tú, ¿de qué quinta eres?"

+++++

Contaba el Senador Rafael Stinga una frase lapidaria pronunciada por el popular peluquero don Aurelio Ayala cuando le pidieron una aportación para las Misiones Católicas: "Pedirme para mantener a los curas es como pedirle a los agricultores para echarles de comer a los cigarrones".

+++++

En los años cuarenta del siglo XX cuando campeaba la miseria y las cartillas de racionamiento, la carne era un lujo y, para poder adquirirla en La Recova el comprador tenía que llevar una nota con todos los que componían la familia, para la distribución según las necesidades de cada una. Recuerdo que estando en la cola, llevaba el control un guardia municipal. Le tocó el turno a Andrea, y dicho sin ánimo peyorativo ya que era la terminología del momento, la criada de una determinada familia, que entregó el consabido papelito al vigilante. Éste empezó a leer el voz alta: Esposo, don tal; esposa, doña tal; hijos (enumeró a varios la última llamada Mary Sol) y queriendo hacer una gracia inoportuna añadió por su cuenta con una carcajada que no hizo gracia: "y Mary Luna".

La adquisición de carne, fuera de vaca o de cochino, no estaba al alcance de todas las familias. En las grandes fiestas, el Santo del pueblo o las Navidades, el marchante como se le nombraba, pues matarife se empezó a emplear con la llegada masiva de peninsulares, en la época en que no existían neveras ni frigoríficos para guardar el resto y las carnes se conservaban a nivel familiar en una orza llena de sal, tenía que asegurarse la venta de la totalidad del animal a sacrificar y, de puerta en puerta, iba anotando los encargos: "Medio quilo de limpia y tres cuartos de puchero", decía el ama de casa. Cuando consideraba que tenía encargada la totalidad del peso, la res entraba en capilla. Si los encargos no alcanzaban la totalidad, el vendedor visitaba nuevamente los domicilios disculpándose de no poder atenderlos y la matanza quedaba cancelada.

+++++

Era socio del Casino y, cuando se excedía en unas copas, solía formar verdaderas trapisondas. Como consecuencia de una de ellas, le formaron expediente y lo suspendieron de su cualidad de socio o lo expulsaron. A los socios mayores, los hermanos Fajardo, mi tío Augusto, Don Eugenio Rijo, don Manuel Arencibia y otros, hombres de chaqueta, corbata y sombrero, generalmente dirigentes de la sociedad, por asociación mental con los jefes de las cabilas de la guerra contra Marruecos, se les denominaba Moros notables. Tenían la costumbre de sentarse en la acera a tomar café y charlar. Don Eugenio era tan exigente en la calidad del café, que cuando alguien quería uno bueno pedía: "Un café como el de don Eugenio". Unos días después de la sanción, el socio expedientado pasó en su coche por delante de la Sociedad, en el momento en que don Vicente García, eterno conserje de la entidad atendía a los Moros, a los que él achacaba la imposición de su penalidad, disminuyó la velocidad y sacando la cabeza por la ventanilla, dijo: "Vicente, échale de beber a esas toninas que yo pago". No tendremos que aclarar que la denominación de tonina era la que empleaban los marineros para designar a los delfines y calificativo peyorativo cuando se aplicaba a alguna persona.



+++++

En el Arrecife de las primeras décadas de la pasada centuria, al parecer las noches eran bastantes oscuras y alumbradas por unas docenas de faroles de petróleo que el farolero, como el de la canción, escalera al hombro, encendía uno a uno al atardecer y apagaba por la mañana. Recuerdo a un señor bajito, que quizá su nombre fuera Rafael y subido a la escalera fija de cada uno, encendía y apagaba los dos que estaban colocados, uno en el Muelle de la Pescadería y otro entre el antiguo quiosco y la escalerilla, escuela de aprendizaje de natación para los muchachos, destruida y después felizmente recuperada. No habían serenos que dijeran aquellos de "las tres en punto y sereno"; esos que vemos en las películas del viejo Madrid con el gran manojito de llaves y el chuzo, el palo con reja metálica como arma defensiva, con el que golpeaban el suelo. La oscuridad de nuestras calles por escasez de faroles se prestaba a bromas y alguna gamberrada. Lo que si abundaban eran noctámbulos, ese grupo de personas que parece tener miedo a irse a la cama y se pasaban horas y horas por las calles, comentando lo habido y por haber y fiscalizando los que hacían los vecinos, al amparo de la penumbra. Los noctámbulos muchas veces enlazaban con los madrugadores, los que por el contrario, parece que las sábanas les atormenta y, ya de madrugada estaban dando vueltas y vueltas, también fiscalizadoras de lo que hacían los demás. Me contaba mi amigo Manuel Bravo que entre los madrugadores estaba el popular Pepe que, a falta de aquellos serenos, muchas veces se encargaba de llamar a las puertas para que el morador de la casa no llegara tarde a sus obligaciones. Don Carlos era un famoso abogado, tan buen profesional y político como apegado a las sábanas en esas mañanas en que apetece más estar acurrucado entre ellas que soportar las inclemencias del tiempo, y gran aficionado a la cacería. Un día don Carlos le dijo: "Pepe, mañana tengo invitados a unos amigos canarios a una cacería y no puedo fallar. Me vas a llamar a las cinco" y recalcó lo de las cinco de la mañana. "Me tocas en la puerta grande con fuerza y, si no contesto enseguida, me vuelves a llamar". En medio de un profundo sueño, don Carlos oyó unos fuertes golpes en la puerta y rápidamente se asomó al postigo: "Bien Pepe, ya me levanto". "No don Carlos, era para decirle que solo son las tres y puede seguir durmiendo". Me recuerda al enfermo que decía: "Lo que más me fastidia del hospital es que me despierten a las doce de la noche para darme la pastilla de dormir".

+++++

Crónica casi real de un hecho que pudo ser tragedia y terminó en todo lo contrario. Se suele decir que de las tragedias a la risa solo hay un paso. Como en los cuentos infantiles, empiezo diciendo que esto ocurrió hace muchos, muchísimos años. Por eso, una vez desaparecidos de este mundo quien me lo contó y quien pudiera sentirse aludido e imposible su identificación, me atrevo a contar algo que, como decía, pudo ser tragedia real y acabó en lo opuesto. Me lo contó mi primo. Como casi todos los días, entró en el pequeño despacho en que él estudiaba y daba clases, uno de los habituales visitante y amigo. Le dijo que se iba a suicidar. Que estaba aburrido de la vida, desilusionado de todo y había tomado la firme decisión de acabar con ella, tirándose desde la torre de la Iglesia. Mi primo que lo conocía bien, le siguió la corriente. Hablaron y filosofaron largo rato de la tragedia de la vida, de las desilusiones y de la necesidad de acabar con aquello que lo atormentaba. Finalmente la despedida y el abrazo hasta la eternidad. Nuestro protagonista calle abajo, atravesó la calle Real, llegó a la Plaza, miró a lo alto de lo que iba a ser el lugar de su sacrificio,

subió la escalera y se asomó al ventanal enmarcado en piedra gris, entre el que lucían las verdosas campanas. Horrorizado le pareció muy alto para el trágico salto y tomó la decisión de un final menos cruel. Desde allí divisó nuestro mar y pensó sumergirse en él hasta la muerte. Bajó la crujiente escalera muy despacio y con cuidado no sea que un resbalón pudiera causarle algún daño. Calle Manuel Miranda abajo llegó a la muralla y, frente al Centro de Higiene, dio el salto fatal. La media marea y el instinto nadador que lo impulsaba a flotar, impidieron que la tragedia se consumara. Todo acabó con unos zapatos y el pantalón hasta las rodillas empapado de agua salada.

+++++

De mi juventud recuerdo unos discos de gramófono, de los que llamaban de pasta, en los que la voz de María Mérida nos llenaba de satisfacción. Hoy una calle o mejor dicho media calle de Arrecife, la honra llevando su nombre. Digo, creo que con propiedad, media calle, ya que solo las edificaciones situadas al este de la vía se rotulan con el nombre de la extraordinaria cantante. Pienso que es una calle singular, pues no creo que se den muchas ocasiones en las que una calle sea la frontera de dos municipios. En principio creí que las dos corporaciones locales, Arrecife y San Bartolomé, habían llegado a un acuerdo, lo que hoy se denomina consenso, para honrar a la cantante palmera, hasta que, después de mucho tiempo me di cuenta que las casas de la acera de enfrente, o sea las del lado poniente, estaban rotuladas, como calle Bergantín. Por todo eso creo en la singularidad de la calle. Esto puede traer algunas consecuencias. Independientemente de que los habitantes de las casas de una acera son vecinos de San Bartolomé, los de enfrente, a menos de diez metros, lo son de Arrecife, lo que no tiene remedio; la perplejidad de los funcionarios de correos o que, en caso de conflicto la policía local tendría que determinar la mediana, para establecer la competencia de cada una de las instituciones de seguridad. Y, ¿si el coche accidentado queda atravesado ocupando parte y parte de cada municipio? Un delincuente que actuara en una acera de la calle bidenominada, y perdonen por el posiblemente absurdo neologismo, podría eludir la acción policial pasando a la acera de enfrente. Me recuerda que, cuando en los años cincuenta, la disparatada guerra entre las dos Coreas con motivo del famoso Paralelo 38 que las separaba, un humorista dibujó a un general saltando a la pata coja de un lado a otro de una raya que simbolizaba el paralelo, y se preguntaba: "¿Invade o no invade?" ¿No sería razonable que las dos corporaciones llegaran a ese consenso y que María Mérida tenga una calle para ella sola, buscando nuevo emplazamiento a los bergantines? No creo que los navíos se enfadaran por el traslado de su rotulación.

+++++

Los pueblos, aunque tengan el mismo idioma, se distinguen por las expresiones más habituales y por su fonética. Los peninsulares dicen que conocen a los canarios además de por sus expresiones, por hablar dulce y en las mujeres, el cariñoso llamar mi niño o mi niña hasta a personas ya incluidas en lo que se ha venido a denominar tercera edad. También nos confunden con los centros o suramericanos. Pienso que esa forma del habla hispanoamericano se deba en parte a que, por aquel llamado tributo de sangre, las Islas Canarias, a cambio de determinados privilegios, tenían que aportar al Nuevo Continente, cada año cincuenta familias enteras. Quizá esas familias canarias fueran los maestros del nuevo idioma que les llegaba de estos mares. Entre los isleños, con solo oír a otro, casi identificamos la isla de su procedencia. El casi correcto castellano de los herreños, el gua de los laguneros y el güi de nosotros los conejeros. Pero sobre lo que más se ha ironizado es respecto

al habla de los grancanarios cuando algunos cambian la letra l por la r y nos dicen que han puesto el cardero al fuego o que nació en Garda o en Terde. Hace algún tiempo un profesor de Gran Canaria, el señor Aguiar, en un artículo publicado en el diario La Provincia, estudiaba y explicaba el fenómeno. Y no digamos del número dos precedido del artículo femenino y oímos la do cuando preguntamos la hora y no sabemos si realmente se ha suprimido la s del plural, acaba en jota o termina en ene. En años pretéritos existía en la Plazuela de Arrecife, como se conocía y se sigue conociendo a pesar de sus bautizos y rebautizos, haciendo esquina a la calle también conocida por la de El correo, a la que también he conocido tres denominaciones, un establecimiento de ultramarinos, regentada por la conocida y apreciada familia que presidía don Vicente, y en el que en aquellos momentos todavía los cartuchos de papel baso, que no sé si se escribe con be o con uve, si con ese o con zeta, tenían impreso un sello de color encarnado con un Plaza de la Constitución, no solo peligroso y heroico dado el momento político, sino también anacrónico por lucir ya en la esquina un Calvo Sotelo. Casi frente al establecimiento, un caserón superviviendo cuando esto escribo pero casi en ruinas, en el que tenía su barbería don Aurelio Ayala, donde dicen que estuvo el primer Registro de la Propiedad, pensión de don Nemesio y etapas militares de hospital, depósito de intendencia y Casa cuartel de la Guardia Civil. El hijo de uno de los guardias, recién llegado de su natal Gran Canaria, entra en el establecimiento de don Vicente y pide con la forma típica de su hablar grancanario: "Dice mi madre que me dé do velaj". Unos días más tarde vuelve el niño y el dependiente que le atiende le pregunta con sorna: "Que, ¿quieres do velaj?" El despierto muchacho que se da cuenta del tono de la pregunta, contesta: "¡No!, dice mi madre que me dé una vela y otra vela". Me lo cuenta Francisco Armas Stinga.

De ese caserón de La Plazuela, me contaba don Emilio Sáenz que, estando establecida en él la Pensión de don Nemesio, llegó a ella un inglés, recomendado por un tío de don Emilio. Pero el británico resultó ser, por su comportamiento, una pesadilla para el dueño del establecimiento. Una noche en que regresó medio borracho, al abrirle la puerta intentó agredir a don Nemesio, hombre fuerte, corpulento y de la zaga de los Rodríguez de Tías, famosos en la lucha canaria. Don Nemesio reaccionó, lo tumbó de un traspies, le bajó el equipaje y lo puso en la puerta de la calle. Al día siguiente el chony visitó al tío de don Emilio y le propuso que pagaría lo que fuera a don Nemesio para que le enseñara la maña de lucha que lo había dejado fuera de combate.

En la misma pensión solían hospedarse los magistrados de la Audiencia cuando venían a celebrar juicios en Arrecife. Una noche uno de los jueces le dice a don Nemesio que si tenía algún libro, ya que él no podía dormir sin haber leído un poco y que el que estaba leyendo se le había quedado en Las Palmas. Don Nemesio le contesta que el único libro que hay es uno de su sobrino y que se lo traería inmediatamente. Cuando se lo entrega, el magistrado comprueba que se trataba un Código penal que se sabía enteramente de memoria.

En la adaptación a los idiomas o modismo del lenguaje, existen cosas extremas y algunas simpáticas. Tenemos en la familia una amiga que, después de cincuenta años en Barcelona y, naturalmente rodeada de ambiente familiar y social profundamente catalán, su forma de hablar sigue siendo absolutamente canario, incluidos los característicos "mi niño" y "mi niña". El otro extremo, me lo contaba mi primo Pepe Reguera, de dos de sus amigos. Uno hizo el servicio militar por La Marina y el período de instrucción de tres meses en Cádiz. Cuando, terminado ese período, regresó a

Lanzarote, al encontrarse con sus amigos, después de los abrazos de rigor, le espetó: "Shiquillos, y vozotros, ¿cómo estáis". El otro después de unos años en La Argentina, se encontró en el correílo con Pepe y le dijo, con acento de tango porteño: "Pepe, tenme la valija, que voy a saludar a la máma".

+++++++

Hasta hace pocos años, las latas de sardinas traían pegada una especie de llave que, una vez despegada se insertaba en una pequeña lengüeta, se giraba y se giraba hasta que la tapa se convertía en una especie de caracol metálico y el aceitoso contenido quedaba accesible. Para las latas redondas, un artilugio en forma de alicates con las puntas afiladas, servía para que, deslizándolo por el borde, cortar la tapa. Las fiambreras, que algunos denominaban tarteras, eran una pequeñas calderitas que encajaban entre sí y que la arriba le servía de tapa de la de abajo, se empleaban para llevar la comida del mediodía cuando se trabajaba de sol a sol. Pero un día las amas de casa son sorprendidas con la invitación a casa de una amiga, para mostrarles un nuevo invento. En esas reuniones casi familiares, una señorita extraña a las convocadas, saca unas pequeñas cajitas transparentes con una tapa adaptable y las presenta como el último grito de los norteamericanos para felicidad de las señoras. Con el invento del plástico había llegado el taperguare. No he tenido ocasión de ver como se escribe, traducida al español la palabra inglesa y como la aceptó la Real Academia de la Lengua. En esas cajitas de tapa hermética nos suministran las casas de comidas elaboradas sus menús. En uno de esos establecimientos una señora bastante deteriorada físicamente, dice a la muchacha vendedora: "No la cierres". La chica me aclaró que la señora padecía artrosis y, si cerraba herméticamente la cajita, luego no tenía fuerzas para abrirla. La verdad es que a mí, sin sufrir artrosis, también me cuesta bastante conseguirlo. Las botellas de cerveza se abrían con una pequeña palanca que se apoyaban en el rizado borde de la tapa y hoy puede hacerse girándola con los dedos, pero con el peligro de que acabes con ellos ensangrentados. Las latas vienen con una especie de argolla aplastada que, si no dispones de la hoja de un cuchillo o tienes unas uñas fuertes resulta difícil levantarla y después tienes que tirar con tanta fuerza que muchas veces te quedas con la argolla en la mano o, si lo consigues y no la sujetas bien, el filo de la tapa deja, con una parte del contenido, una huella de sangre en tu mano. Los rollos de papel, sean de cocina o higiénicos traen el inicio tan pegado que, antes de encontrarlo ya has gastado la mitad del papel. Y todo bajo el lema abre fácil. Pero, ¿has visto lo difícil que es abrir ese abre fácil?

El plástico no llegó a Lanzarote de manos del comercio sino de los feriantes. Cuando aún no se había establecido la planta potabilizadora de agua del mar y no solo no había agua corriente sino que era escasa y había que economizarla hasta el máximo, nos valíamos de los pesados lebrillos de barro y de los no menos pesados barreños de latón. El lebrillo, canelo oscuro que cuando no lo era tanto se calificaba de melado, servía en el mejor de los casos, mediado de agua, para la higiene personal de frecuencia acaso semanal. Una especie de regador, fabricado por el latonero, colgado en la pared, al que algunas veces se le añadía un cazo de agua caliente, servía de ducha. Repentinamente, en una de las Fiestas de San Ginés, las tómbolas deban a elegir entre la fea muñeca Chochona y la novedad de la palangana de un material ligero y de colores atractivos. Había nacido para Lanzarote, como la cocina de gas butano o la nevera, la edad del plástico. Como curiosidad ahora, en pleno

2016, leo un artículo de Andrés Trapiello en que dice que en las ferias peninsulares aún se rifa la Chochona.

+++++

El uso de camisetas decoradas o con letreros pone de manifiesto el carácter o la ignorancia de quienes las lucen y también el ingenio del creador. Desde el mal gusto al fanatismo, pasando por la propaganda o el humor. Creo que con la misma función que la amplia Sección X de los periódicos, un día vi en el Hospital una elegante y guapa joven que en la camiseta negra, la espalda tenía un significativo: "¿Me buscas?" seguido de un número de teléfono. El fanatismo de quien la luce con los colores de su equipo de fútbol, roja con el escudo nacional o blanco con un enorme 7 y la palabra Ronaldo. El mal gusto que expresa tener en la espalda esa boca entreabierta de la que sale una lengua que creo fue emblema de algún pretérito grupo musical o el tétrico esqueleto dibujado en blanco sobre la camiseta y un pantalón negro. Supongo que por ignorancia de esos idiomas, la pícaro frase en francés sobre el desarrollado busto de una señorita, que podemos traducir por ¡No tocar! o el hombre ya mayor con aspecto de no haber accedido al bachillerato con un: Yale University. Me hizo reír el ingenio del muchacho que por la Calle Real pregonaba en su espalda: Dios hizo la luz, Unelco la cobra.

+++++

Es proverbial la fobia que la mayor parte de las personas tenemos al dentista. Saber que hay que acudir a su consulta es casi como la comunicación de una sentencia de condena a muerte. Sé de amigos que se han vuelto para atrás en la puerta del odontólogo, prefiriendo soportar, hasta que no les queda más remedio, el dolor de la muela careada a la posibilidad de que alguien hurgue en su mandíbula. Aquella profesión que se inició por los llamados despectivamente sacamuelas, barberos que bacía en mano, el yelmo de Mambrino de don Quijote, sangraban o arrancaban dientes y muelas a sangre fría, ha pasado a ser una de las profesiones médicas, bajo la denominación de odontólogos, más acreditadas, ejercidas en modernas clínicas por profesionales con una formación exquisita, por lo que aquella fobia ya no es comprensible. Hace unos días leía en la prensa que se había descubierto o elaborado, no sé, un gas que difundido en las salas de espera, eliminaba en los pacientes ese temor a la intervención. Me recuerda alguna de las anécdotas en relación con el dentista, como siempre se conoció entre nosotros al profesional. Don Rafael Medina, excelente escritor bajo el seudónimo de Fidel Roca, único odontólogo que ejercía en Lanzarote hasta casi la mitad del siglo, tenía su consulta en la calle denominada en ese momento Alférez Cabrera Tavío, conocida popularmente por El Correo, anteriormente Porlier y que hoy ha recuperado, esquina a Otilia Díaz, antes La Porra en honor al parecer, según me decía un amigo que entendía de esos menesteres, de un general y no del arma defensiva u ofensiva de los guardias. La entrada al despacho de don Rafael tenía una puerta doble de vaivén como las del saloon de las películas del Oeste americano, de cristales esmerilados, con una plaquita que rezaba: Empuje. Muchos mataperros, siguiendo las instrucciones del cartelito empujaban violentamente y salían corriendo, mientras los pacientes la empujaban con mano temblorosa. Se contaba que uno de los primeros dentistas instalado, no en Arrecife, sino en la Vuelta de Abajo como diría don Emilio, cansado de recibir empujones y manotazos de los sufridos clientes, se hizo con lo que se llamaba un lavamanos una especie de mesa con una gran agujero en el centro para encajar la palangana. Don Carlos metía

al dolorido debajo de la mesa y le sacaba la cabeza por el hueco destinado a la palangana. Con el utensilio adecuado sujetaba el diente o la muela deteriorados y, por mucho que el paciente gritara o pateara, el operador estaba a salvo de cualquier agresión. Decían que en Tegui, un amañado a aliviar los dolores de los pacientes, en el centro de la habitación que los recibía tenía una gran mesa. Uno de los clientes, por llamarlo de alguna forma, ante el intenso dolor, se levantó de la silla y manoteando se le entendía algo así como: "¡Déjeme...! ¡Qué me deje, que lo mato...!" El amañado, ante el peligro, no lo soltó, y llevándolo agarrado por la muela con los alicates, de cabestro, cabresto diría uno de nuestros campesinos, le dio vuelta alrededor de la mesa y, cuando llegó a la puerta, lo empujó hacia afuera y aterrorizado, cerró con llave.

+++++

Como decía el desaparecido compañero en estas lides Manolo Betancort, el habla canaria está lleno de portuguesismos, seguramente por el contacto histórico con la Isla de la Madera como dice don José de Viera y Clavijo en su Historia general de las islas de Canaria o Madeira como se dice actualmente y la corriente hacía nuestras Islas de habitantes, nativos o esclavos, fundamentalmente por la crisis en ella del cultivo de la caña de azúcar, han dejado huella entre nosotros. Muchos términos e incluso costumbres que compartimos muestran esa influencia. Manolo me decía que el barquillo de dos proas, de dos puyas decía él, y que distingue al lanzaroteño de los botes de otras islas, se importó de allá. Recuerdo que saliendo de Lisboa me sorprendió un cartel que decía Chafarit, similar al nombre de nuestra cueva que destila agua. Agustín Pallarés me aclaró que es como en aquel idioma se denomina a las fuentes. También estos días leyendo Once Minutos de Paulo Coelho, encuentro el mismo concepto como grifo del lavabo o del bidé. Por eso, aunque en principio me causó risa, fue muy correcto lo que dijo en una emisora local cierto concejal: "El ayuntamiento no tiene perras ni para fechaduras".

El Diccionario ejemplificado de canarismos de Cristóbal Corrales y Dolores Corbella, al primero de los cuales y a su esposa tengo que agradecer el ejemplar que me regalaron, incluye como portuguesismos los términos fogalera, cachorra, familiaje, monifato, rebencudo, sollajo o soyajo, tirapiedras, zajorín, mirafondo o lenguarazo. Pienso que igualmente cuando decimos lo de ferrugiento o ferruje por herrumbriento o herrumbre o fechar, no como datar una fecha, sino como cerrar una puerta o una ventana.

+++++

El comerciante de Las Palmas don Antonio de Betancourt fue anotando al margen de sus libros de contabilidad, los acontecimientos ocurridos en la ciudad desde el 17 de enero de 1796 hasta el 18 de octubre de 1807, publicado con el título de Diario por el Museo Canario y extractado por el académico don Agustín Millares Cubas, respetando la gracia e ingenuidad de su primitiva redacción y errores tanto sintácticos como ortográficos. En sus notas, don Antonio hace referencia a la calle de la Peregrina, creo que conservado actualmente, y supongo que en recuerdo de alguna señora que habitó en ella. Me trae a la memoria a las dos señoras o señoritas que vi muchas veces en mi niñez: Doña Candelaria y doña Peregrina, conocidas popularmente por Cayaya y Peregrinita, creo que tías del poeta don Leopoldo Díaz. Siempre del brazo en mutuo apoyo y con la vestimenta tradicional propia de su edad: vestido negro hasta los tobillos y velo que llegaba a la cintura. Las

veía llegar a su casa de La Plazuela, que ocupaba aproximadamente el solar del edificio actual en cuya planta baja está la joyería María Elena y sacar del -supongo-, inmenso bolsillo una no menos enorme llave. No creo que fueran personas trascendentes para la historia local pero igual que nos cuenta don Antonio en su Diario, quizá la plaza debió denominarse Plazuela de Cayaya y Peregrinita.

+++++

José María Gironella en Los cipreses creen en Dios dice: "Los afiladores reaparecieron por las calles: "¡Cuchillos, tijeraas... !" A uno de ellos, amigo del patrón del Cocodrilo, que tenía fama de haber recorrido media Europa, éste le preguntó: "¿Cómo te las arreglaste para llegar hasta Rusia?", y él le contestó: "Siguiendo la rueda... ". Los afiladores solían ser asturianos o gallegos y, casi una vez al año, aparecían por Lanzarote con la rueda, su taller ambulante que era un armazón de madera con una gran rueda que servía para su traslado empujándola y, una vez el artefacto detenido y apoyado en el suelo, la rueda a través de una correa y un pedal, servía de impulso a una pequeña muela con la que afilaba cuchillos y tijeras, que se ajustaban con unos martillazos sobre un pequeño yunque. De pueblo en pueblo, anunciaban su presencia con la melodía característica de un pequeño instrumento musical apoyado en el labio inferior. Arturo arribó a Lanzarote, supongo que también siguiendo la rueda, previo paso por la cubierta de los vapores de la Península y del correílo interinsular. Pero a diferencia de los afiladores de temporada, Arturo se quedó en la isla muchos años. Con la rueda trajo también una gaita de su tierra natal y el cajón de la máquina de retratar. Trabajador incansable y polifacético, hacía el circuito insular afilando, tocaba la gaita amenizando entre prueba y prueba en el Circo Toti y, con su compañera Candelaria, durante las Fiestas de San Ginés abría la caseta de tiro al blanco. Se decía que había manipulado las escopetas, desviando ligeramente los cañones para evitar que el tirador acertara en la diana, lo que quizá fuera causa de que una de las flechas impactara en el brazo de su compañera, que yo vi sangrar; y tuvo una pensión en la calle José Antonio, frente a la Funeraria Arroyo. En una ocasión estableció un Pim, pam, pun, en el que El Chileno balanceándose alternativamente detrás de los tres agujeros, evitaba que la pelota de trapo lanzada por el jugador, lo despojara del sombrero de copa con que se cubría. En la época en que no era fácil desplazarse a la capital para hacerse la fotografía en el estudio de doña María Lasso, los del retrato a la minuta, entre ellos Arturo, hacían el recorrido insular retratando a familias y escuelas. Detrás del cajón y cubierto con un trapo negro, el fotógrafo señalando el objetivo, decía: "Miren aquí, que va a salir el pajarito". El revelado del negativo y las copias, las entregaban aún mojadas: "No las toquen hasta que se sequen", advertían siempre. Después de su marcha definitiva de Lanzarote, en una ocasión lo vi regentando un puesto de venta en uno de los mercados de Las Palmas.

De El Chileno, aunque los amigos mayores que yo, como Manuel Bravo, Antonio Padrón, Francisco Armas o Enrique Quintana no supieron darme ninguna razón, yo recuerdo, además de protagonista del Pim, pam pun de Arturo, ver por la calle Porlier su figura menuda y renegrada como El Piyayo del poeta.

Manuel Bravo me hablaba de Gerónimo el Preñado, supongo por su estómago desarrollado, una especie de mozo de cuerda, nombre que debían a esa sogá que llevaban atada a la cintura para sujetar la carga, cuyo transporte le habían encargado. Tenía su parada en la esquina de la casa de don Carlos Sáenz.

Personaje popular, pero de tiempo más reciente, fue Chanito, de Gran Canaria pero enrolado en algún barco costero de Lanzarote y al que, en la época del puro explosivo, algunos se creían con derecho a darle la molesta pero no peligrosa broma. Eran unos pequeños puros que, llegado un determinado momento de su combustión, daban lugar a la explosión de un pequeño petardo que, aparte del ruido y dejar al cigarro refochado, no tenía otro efecto. Chanito, después de la explosión, decía: "Dame otro, que están buenos".

En San Bartolomé conocí a María Méndez y a Higinia. Ésta era una pobre mujer inofensiva con su mente algo descompuesta, a la que los chicos injustificadamente, tenían cierto temor. Recuerdo a las chicas de la escuela de mi madre que, en pleno recreo, salir despavoridas al grito de: "¡Que viene Higinia, que viene Higinia!" En La Florida de San Bartolomé, no la de Arrecife, en la calle Calderetas, había un caserón con una huerta que tenía un gran portón, en el que vivían Los Méndez, dos hermanos solterones: Antonio y María. Doña María nunca salía y, por un agujero del portón la veíamos transitar por la huerta con un pañuelo que le cubría toda la cara, un sombrero negro y una especie de abrigo, que la tapaban totalmente. Por eso, creo que de forma infundada, se le tenía como loca o chiflada.

Confieso con pesar, haberme gastado en mi niñez, tres perras de la paga de la fiesta, en ver el denigrante espectáculo de Los Fenómenos. Una familia de otra isla, a lo mejor para cubrir su miseria ganando unas pesetas, exhibía en una caseta de lona, a dos muchachos extraordinariamente gordos, desnudos y sentados en una estera, ya que no podían caminar. Hoy sería inconcebible.

No se exhibían en ninguna caseta de feria pero, el lado opuesto de Los Fenómenos, unas hermanas de Arrecife paseaban por sus calles, luciendo su delgadez cercana a lo que hoy se conoce por anorexia. En el pueblo se les conocía como Las niñas de cuerito y huesito.

+++++

Las comunicaciones actuales permiten recorrer en tiempo mínimo las distancias que, en tiempos pretéritos, necesitaban semanas y meses. El antropólogo francés René Verneau se quejaba de la lentitud de los camellos de nuestra Isla y despotricaba de los camelleros que calificaba de vagos y borrachines. Mi abuela Margarita me contaba que la mayor parte de las gentes de su pueblo, San Bartolomé, morían sin haber visitado la capital. Pedro Martín, famoso cantante de Ajey, me decía que en ese pueblo vivió un tal Anacleto, que yo llegué a ver; hombre que mi amigo Gonzalo Pérez en parecidas circunstancias expresaría que le faltaban unos hervores, o sea, como se dice vulgarmente, no tenía todas sus luces. En el velatorio de un vecino Anacleto comentaba: "Este hombre viajé mucho, una vez fue hasta Tías".

+++++

Paseando por Arrecife con mi mujer, su amiga Maribel dijo: "En tal comercio, todos los zapatos como estos que llevo en el bolso, a nueve euros el par". Recordé las diversas etapas por los que ha pasado el calzado entre nosotros; de ser en muchos casos su uso un privilegio para sus pobres bolsillos, a ser una muestra de lujo en los añorados y recientes tiempos de prosperidad económica. El pequeño diccionario que me auxilia dice que soleta es una pieza de lienzo u otra análoga con que se remienda la planta del pie de la media o del calcetín. En Lanzarote soleta era un trozo de suela o un pedazo



de goma de camión cortado en forma de ocho alargado, con unas tiras del mismo material para sujetarlo al pie. De fabricación casera o hecha por el zapatero de la esquina. Era la forma más corriente de resguardar el pie de las asperezas del suelo y, muchas veces un lujo, ya que andar descalzo era bastante frecuente. La soleta se alternaba con la alpargata de lona y base de esparto que muy pronto se deshilachaba o rompía por la punta. Algunas personas se valían de un truco para que la alpargata durara al menos el doble del tiempo. Una alpargata en un pie y en el otro descalzo, el dedo gordo envuelto en un trapo o venda, simulando proteger una herida ficticia. Cuando la alpargata usada se inutilizaba se calzaba el otro par y el falso vendaje pasaba al dedo del otro pie. Había zapateros que hacían zapatos y botas de vaqueta, eran del color natural del cuero de la vaca y duraban tanto que al final, muchas veces cuando aún no existían los crematorios y al difunto se le vestía y calzaba como para ir a la fiesta, pasaban a formar parte de la mortaja. En las islas fueron famosos los zapatos Dorta, apellido de unos hermanos que se lanzaron a su fabricación en Tenerife y los vendía en Arrecife don Chano Velázquez, el hombre de un solo ojo, en su comercio de la calle Real, esquina a la Inspector de sanidad Luis Martín. Eran tan duros que había que ir entrenándose cada día un poco hasta que se amoldaran al pie. Me contaba un pariente político, dado a la escritura de humor que, después de sufrir el tormento de los zapatos Dorta, finalizada la juerga carnalera y dormida la tranca, al despertarse y calzarse a la mañana siguiente se llevó la sorpresa que, mientras el zapato del pie izquierdo seguía causando los mismos dolores, el del pie derecho se había adaptado perfectamente y parecía de seda. Hechas las correspondientes averiguaciones, Abel llegó a la conclusión de que el zapato suavizado había sido confundido, entre vapores alcohólicos de la madrugada, con el orinal que, en aquellos tiempos pretéritos y menos higiénicos, era reglamentario colocar debajo de la cama. ¿Solución? Repetir la operación, ahora de forma consciente, con el otro zapato. Cuando los zapatos de fiesta eran un lujo y su uso se limitaba a contadas ocasiones, las muchachas de los pueblos cercanos al de la Sociedad de recreo, para ir al baile usaban las soletas o las alpargatas hasta la entrada del pueblo, se depositaban en algún lugar y se cambiaban por los de fiesta. En el pueblo de San Bartolomé, las jóvenes que acudían a la fiesta desde los próximos, hacían el cambio en la alta acera de la Casa Parroquial que además servía de un rato de reposo para el cansancio del recorrido. Las alpargatas o soletas allí depositadas eran como un tesoro que nadie se atrevía a tocar. Los hombres en esos u otros desplazamiento lo hacían muchas veces descalzos y con el par de botas de recambio amarradas por los cordones y colgadas del hombro hasta llegar al destino. En algunas ocasiones la "americana" del "terno", también podía tener doble de vida. Deteriorada por una cara, unas habilidosas costureras las descosían completamente y las volvían a coser al revés. Había un detalle delator que no precisaba ser muy inteligente para captar. Las originales tenían un ojal, siempre en la solapa izquierda, pienso que una reminiscencia de cuando se enganchaba el cierre de la cadena de oro de la que colgaba un preciado reloj depositado en el pequeño bolsillo del chaleco o de cuando los románticos prendían en él la flor para la amada. Ahora el ojal, o estaba en la solapa derecha o, para disimular, además se había abierto otro en la de la nueva izquierda. "Vengo para que me vuelva al revés la chaqueta de mi marido".

+++++

Hoy vemos por nuestras calles, muchas veces por motivos religiosos y coincidiendo con la inmigración, tocados y vestimentas que nos parecen extraños. Mujeres con trajes hasta los pies o pelo recogido con velo que muchas veces hasta casi oculta el rostro. Hace cierto tiempo, por razones

prácticas y también religiosas, nuestras mujeres lucían vestimentas y tenían costumbres bastante similares a esas que vemos diariamente. Los campesinos cantan aquello de "No te destoque en la era, que el sol de Lanzarote pone tu cara morena". Las campesinas, por eso de que el sol pone la cara morena, cuando un exponente de belleza era un cutis sonrosado y blanco, que muchas veces se reforzaba con la aplicación de crema Visnú y que en algunas ocasiones daba aspecto de encalado, las piernas se protegían con las faldas hasta el suelo y medias gruesas y las manos con mitones, aquellos guantes rudimentarios hechos con tela, y la sombrera de paja con una cinta del color correspondiente al estado civil de la usuaria, soltera o casada. Y las viudas, ¿qué? Pero también por motivos religiosos. Para participar en sus ceremonias, velo corto en las más jóvenes e incluso hasta la cintura en la viudedad, medias e incluso manguitos desde el codo hasta la mano, cuando la blusa no cubría la totalidad del brazo. Fui testigo de la invitación de un párroco a salir de la iglesia a una señora que había entrado sin el preceptivo velo. Por los mismos motivos había ciertas costumbres hoy inconcebibles. Conocemos ciertos anatemas religiosos, quizá basados en motivos de política sanitaria, bajo la denominación de pecado, que posiblemente llevarían hoy a prohibir lo que se conoce como comidas basura. Sin ir más lejos, nuestra religión católica imponía el ayuno y abstinencia cuaresmal, atemperado por la pretérita bula que en tiempos de las Cruzadas y para su financiación, tantos quebraderos de cabeza e incluso cismas, produjo a los altos dignatarios religiosos. La bula cuaresmal de nuestro tiempo era un impreso que se fijaba de forma solemne en el altar mayor, con el siguiente encabezamiento: "Nos, Cardenal Pla y Deniel, Primado de España..." ¿Sería el ayuno otro anatema contra la gula de nuestros antepasados? Esa bula junto con el buleto, a cambio de una limosna, permitía estar libre de ciertas obligaciones gastronómicas además de otorgar unos perdones y redenciones en el Más Allá. Y, a propósito de esa bula, una anécdota simpática que le oí contar al sabio párroco de San Bartolomé, don Víctor Garrido San Martín, de origen riojano, que llegó después de pasar por Puerto de Cabras, como se denominaba en aquel momento la capital majorera, donde hizo amistad con don Miguel de Unamuno durante su confinamiento en Fuerteventura y cuya correspondencia desapareció el día de la muerte del párroco. Contaba que una señora de San Bartolomé mandó a su hijo Pepe, por cierto compañero mío de escuela, a retirar la bula y el buleto. El muchacho, que de aquello no entendía nada, hizo entrega a don Víctor de la correspondiente limosna, al tiempo que le decía: "Don Víctor, dice mi madre que le mande la burra y el porreto". A la gente joven habrá que aclararle que porreto era el higo picón que pelado y secado al sol, fue uno de los manjares desgraciadamente desaparecido de los postres canarios.

Me preocupó siempre el destino de la correspondencia que don Víctor, por razón de esa amistad, recibió de Unamuno. Incluso sospeché que, en aquella época en el que extraordinario obispo don Antonio Pildain, por otra parte muy riguroso en los asuntos de fe y costumbres, emanados del Arzobispado de Sevilla, y a quien escuché leer personalmente en el púlpito de la iglesia de Arrecife, su pastoral "Unamuno, hereje y maestro de herejías", si alguno de sus pastores hubiera hecho desaparecer las misivas, pues pienso que su contenido no fuera muy ortodoxo. Para liberación de esa sospecha, el investigador del pueblo, don José Hernández, me aclaró que un señor, don Juan, asiduo visitante de la casa parroquial, en evitación de su desaparición, las retiró del despacho del párroco y las tuvo depositadas en su casa. Parece que unas goteras en un día de lluvia, las inutilizó. Una verdadera lástima.

+++++

Siempre se dijo que Las Palmas era una ciudad que había crecido de espaldas al mar y así lo ratificó una opinión tan neutral como la de la periodista británica Olivia Stone en sus crónicas sobre el recorrido por todas y cada una de las islas, a fines del siglo XIX. Recuerdo que, hasta que los nuevos planes desarrollados racionalmente y que dieron lugar a la magnífica Avenida Marítima, a lo largo de sus calles principales, Triana y León y Castillo, los frontis de las viviendas daban exclusivamente a ellas, a las calles, y el mar se tenía que contentar con los patios traseros que muchas veces eran el paso obligado para las cloacas que infestaban a la orilla. Afortunadamente esa filosofía arquitectónica cambió radicalmente. En cambio Arrecife se creó y desarrolló de cara al mar, otra vez el testimonio de la periodista inglesa, y se decía que tenía la avenida más bonita de las Islas. Posteriormente determinados obstáculos, unos por necesidad económica, otros por falta de meditación y otros por simple capricho, Rocar, Parador de Turismo, rellenos, cierre de Puerto Naos, la afortunadamente desaparecida fábrica de hielo frente al castillo de San Gabriel y el Islote de la Fermina, papa caliente que ninguna entidad quiere aceptar en su competencia, pusieron en entredicho aquel feliz calificativo de magnífica avenida marítima. Del libro Desde mi cráter de nuestro Leandro Perdomo, editado en 1976, leo textualmente: "Porque el Islote de la Fermina, llamado por algunos del Francés y no sé por qué, también Islote del Amor, está desapareciendo, o lo van desapareciendo. En el ángulo marino entre el farol y farola el Islote de la Fermina relucía amarillo y dichoso, y ya no luce, ni amarillo ni nada. No sé lo que van a hacer en él, pero lo que sé es que ya no luce como islote, sino como cabo o promontorio a base de cemento y bloques. Se han empeñado en desbaratar lo natural y sustituyéndolo por lo artificial, que ya no sabe uno qué decir, ni que pensar". Así se lamentaba uno de nuestros grandes escritores. Lo que si estaban de espalda al mar eran los bancos de cemento de que disfrutábamos la juventud de mediados del siglo y la Caseta del baño para uso exclusivo de señoras y "señoritas. Hoy han cambiado las tornas. Arrecife disfruta de innumerables bancos para descanso de los ciudadanos; pero no están de espalda ni de cara al mar, están de cara a la pared. Me recuerda aquel castigo que el maestro imponía al niño rebelde: "De rodillas y de cara a la pared". Esta orientación de los bancos de Arrecife, ¿estará destinada a poder contemplar mejor las pintadas que adornan las fachadas de los inmuebles o será para que el ocupante no se dé cuenta del coche incontrolado que invade la acera y pone en peligro su vida? En los libros de historia se dice que al traidor se le fusilaba por la espalda para su mayor ignominia.

Estaremos los usuarios destinados a ser atropellados por la espalda? ¡Cuántos dolores de cuello, cuántos tortícolis para el que, sentado en el banco, espera la llegada del familiar que puede venir por la otra acera!

+++++

Una vez más pasó la borrasca que, como dice el portavoz de la AEMT, solo afectó a las Islas occidentales de mayor relieve para desconsuelo de los pocos agricultores que van quedando y que,

hace más de un siglo hizo exclamar a don Vicente Medina, propietario de La Maleza, el territorio que va desde Tahiche hasta el mar, hoy denominado Urbanización Costa Teguisse, donde solo crecían veroles y unas raquílicas hierbas, alimento del numeroso ganado de cabras cuya leche era materia prima de los grandes y sabrosos quesos, competitivos con los de Las Laderas de Famara, que su yerno don Abraham vendía en la tienda de la calle Real, esquina a la Hermanos Zerolo, la popular frase: "¡Y en Tahiche ni una gota!" Los escritores extranjeros que nos visitaron a lo largo del siglo XIX, entre ellos el antropólogo doctor René Verneau y la periodista Olivia Stone, dicen que tanto en Francia como en Inglaterra, recomendaban a los enfermos, principalmente de tuberculosis, que se desplazaran a las Islas Canarias ya que su clima seco era propicio para la cura de sus males. Pienso que no siempre dio resultado pues, por aquellos tiempos se construyó en Las Palmas el Cementerio de los Ingleses, que aún subsiste. Esa recomendación, junto con el comercio de frutas, que hizo que las islas tuvieran mayor comunicación con los puertos británicos que con los de la Península, fue el inicio del turismo de fin del mismo siglo en el Puerto de la Orotava, hoy de la Cruz, Santa Brígida y El Monte. La falta de lluvias en Lanzarote es de conocimiento universal y, cuando en mis viajes por la Península me preguntaban que con tan poco agua, que es lo que se cultiva en la Isla, yo les contestaban que aquí plantamos turistas y no interesa que llueva mucho para que no se pudra la semilla. Aclararé la popular frase del señor Medina. Parece que un día, mientras leía la prensa en el Casino, se encontró con la noticia de que en Argentina habían sido las lluvias tan intensas que causaron grandes inundaciones y catástrofes. Alguien le oyó meditar en voz alta su consabida frase de ausencia de gotas en Tahiche.

+++++

Las consecuencias del tráfico son hoy uno de los problemas más graves que tiene la sociedad. Falta de aparcamientos, ruidos, accidentes, malos humores y una serie de medidas, algunas incómodas, con las que se quieren paliar esas consecuencias. Vemos y oímos campañas sobre prudencia en las velocidades, uso de cinturones de seguridad, pérdida de puntos en el carnet de conducir o las revisiones de la ITV. No comprendo cómo se permite la publicidad de que tal coche, de tal marca, alcanza hasta los 250 kilómetros por hora; ¿para qué? Los de avanzada edad vivimos una etapa, allá por los años cuarenta y cincuenta de cierta tranquilidad, quizá no compatible con la comodidad. Como hoy disponemos de comodísimas guaguas a todas horas, no comprendo que algunos dándoselas de finos dicen autobuses, las actuales generaciones casi no podrán creer que la llegada de las conocidas popularmente como Las Gildes, nombre de la empresa o La exclusiva, aquellas guaguas montadas sobre camiones americanos de desecho de la Segunda Guerra Mundial, carrozadas de madera, pintadas de verde y con unos asientos de tiritas de madera, que alguna mente diabólica inventó para tormento de los pasajeros, fueran una verdadera revolución en las comunicaciones insulares. Acostumbrados a los camiones mixtos de carga y pasajeros, aún llega a mi recuerdo el olor a higiene de las nuevas guaguas. Ya anteriormente, don Rafael Cedrés que después sería alcalde de Tías, galardonado por su labor en pro de la enseñanza en su municipio, había traído de Las Palmas, una guagüita pintada de amarillo y techo encarnado que, en aquella capital llamaban guaguas de familia, porque tenían dos filas de asientos corridos a todo lo largo y, sentados los pasajeros frente a frente, era como una reunión familiar, propicia a la conversación. Pero la previa y heroica etapa fue la de los camiones mixtos. Provistos de dos bancos de madera, uno de cuyos asientos ocupaba el conductor, y el resto una plataforma que servía tanto para que el

usuario se sentara en el suelo o lo hiciera sentado sobre unos sacos llenos de cebada o batatas; para convivir con el cochino o la cabra destinados al matadero o con el manojito de gallinas amarradas por las patas, que seña María traía para vender en La Recova. Y no había horario ni sitio fijo para abordarlos. Después de una larga espera en lo que se pudiera llamar parada, la de Las Ventas en San Bartolomé y La salida o Las cuatro esquinas de Arrecife, alguien aclaraba: "Hoy no hay camión porque a Pepe le salió un viaje para llevar batatas al Bartolo". Las ITV no estaban todavía implantadas y se dio el caso de uno de los camiones que bajaba de San Bartolomé, cuando mi padre extrañado le pregunta al chófer que hacía, habiendo tanto sitio dentro, un muchacho sentado sobre la parte delantera del techo, con las piernas colgando por fuera: "Lo puse arriba porque estamos mal de frenos y, si se cruza alguien le grite que se quite de delante". El Claca hubiera gritado: "¡Guardo lantre!"

Lo de El Claca, isletero y jugador del Victoria, me lo contó don Domingo Fajardo Ortiz, gran maestro y persona. Los principales equipos de fútbol peninsulares, finalizada la competición o como preparación de la próxima, venían frecuentemente a Gran Canaria o Tenerife. En uno de los partidos el jugador del Victoria salta a disputar el balón a un peninsular y lanza un grito que hace que aquel pierda el control de la jugada. Finalizado el partido su entrenador le reprocha su actuación perdiendo la pelota. Se justificó: "Es que me gritó unas palabras seguramente mágicas y en guanche, que me dejaron paralizado" En conversación entre entrenadores, el canario llama a su jugador y le pregunta sobre el grito. El Claca aclara: "Nada! yo solo le dije: ¡Guardo lantre que lo escacho! Traducidas las palabras mágicas al español resultaron: "¡Quítese de delante que lo aplasto!"

+++++

Cuando no había salas de fiestas ni discotecas en las que la juventud actual baila y se divierte los siete días de la semana, los grupos juveniles llevaban muy estudiado el calendario en que se reflejaba todos y cada uno de los sábados y fiestas en que los pueblos celebraban bailes en la correspondiente sociedad. A la luz del petromax, aparato que se nutría de gasolina y ardía mediante una camisa de seda y, a los sonos de una pequeña orquesta de aficionados, el piano de Juan Cejudo o el ritmo de un timple hábilmente rasgado, las parejas danzaban bajo la vigilancia materna de ella o de la abuela si la madre, comprometida por otros quehaceres, no podía asistir. Aclaro que la camisa de seda del petromax no era de las que forman parte de la vestimenta habitual, sino una pequeña bolsa en forma de red que permitía el paso del gas inflamable y protegida por un fanal de cristal que impedía que hasta el aliento de una persona la destruyera. Los prolegómenos del baile era echarse unos tanganazos de vino en el mostrador de la cantina, que servía de estímulo a los tímidos y la invitación a la muchacha férreamente escoltada, que accedía o no, según la expresiva mirada de la guardiana. El celo de estas vigilancias era tal que, me contaba un amigo, en el trayecto desde la casa hasta la sociedad a unos novios ya formalizados, cuando se salían del radio de luz del indispensable farol portado por la señora, ésta les gritaba: "¡No te alantres Mariquilla!" A una hora prudencial paraba la orquesta, terminaba el baile, y todos para su casa. Me contaba Francisco Armas, que formaba parte de uno de esos grupos juveniles, que una vez acabado el baile, al regreso a Arrecife, hacen parada en la cantina de un pueblo del trayecto. El conocido cantinero, solícito va preguntando lo que cada uno quería que le sirviera. Agustín pide un vaso de leche. El cantinero se

va a la máquina, llena el vaso y le grita al cliente: "¿La hervó?" Agustín contesta muy serio y aguantando la carcajada: "¡Herva!, ¡herva!"

+++++

Lanzarote y concretamente Arrecife están actualmente dotados de lo que se denomina una buena infraestructura turística y hotelera. Pero no siempre fue así. Independiente de si nos acercamos a la etapa entre siglos en la que se vislumbran el hotel del italiano don Félix Fumagallo y Gallo, en el que se hospedó el antropólogo francés doctor René Verneau del que hizo elogios que escatimó para el resto de las islas, expresando que estaba libre de chinches como era corriente en los establecimientos canarios, y la pensión de don Nemesio en la Plazuela, que ya hemos reseñado, ya en el siglo pasado, la pensión La vasca inicia su andadura en la esquina de la calle Luis Morote, antes Del Ángel, con la de La Carnicería, popularmente El Callejón Liso, bajo la dirección de una señora y dos hijas llegadas del País Vasco y de manos del también vasco y Delegado del Gobierno, don Manuel Larrañaga y posteriormente trasladada a la Avenida bajo el mando de dos señoras de Tías, doña María y doña Áurea, y después de doña Paulina y su hijo, mi apreciado Marcial Morín. En decadencia el Hotel Oriental fundado por don Claudio Toledo en la Casa de los Prats de la calle Real, esquina a General Goded, hoy Nicolás Martín Cabrera y llevado a otro edificio hoy ruinoso en la misma calle pero lindando con la Hermanos Zerolo. Iniciaba su andadura la Pensión España en la pequeña plazoleta que ha heredado su nombre, al inicio de la Cuesta del Lomo, y se daba el salto cuantitativo de la inauguración en 1950 si la memoria no me falla, del suntuoso Parador Nacional, en el que para mi gusto, dejó César lo mejor de su obra. Lo que sí se prodigaban eran cantinas, bochinches, cafeterías y bares, desde algunos de calidad ínfima hasta otros de gran categoría. Sin que suponga una escala de calidad, recordamos al Quita Penas de don Ildefonso Lasso, Pompo para los allegados, en Puerto Naos, reunión de marineros y armadores y especie de notaría de contratos del mar; el de don Víctor Noda al comienzo o al final, según se mire, de la calle Fajardo, frente al América, hoy Guanapay, y en la misma calle; más abajo y más pretérito La Parrala; El Refugio, iniciado por el mismo Lasso o un hermano en la calle José Molina haciendo esquina a la Otilia Díaz, posteriormente regentado por don Alfonso, peninsular que llegó con un circo o una atracción de feria, un poco víctima del carácter de su esposa doña Manuela y tíos de Katia, la Mujer sin cuerpo, espectáculo que ofrecían en el recinto ferial del Muelle Chico, con un truco por el que solo aparecía la cabeza y los hombros de la chica; En la esquina te espero de don Anastasio; La Marina de don Juan Hernández, conocido por el Dulcero y posteriormente de don Mariano Perdomo; El Janubio, en los bajos de la casa de don Segundo Perdomo, donde tocaban el piano Pepe Pérez o don Antonio Sastre y cantaban Hernán o las dos hermanas conocidas por La Rubia y La Morena. Entre todos destacaba, no precisamente por su limpieza y aseo, sino por su popularidad el Bar del Manco, aunque su verdadero nombre era La Alhambra. Debía su sobrenombre al propietario, mi tocayo, granadino arribado a Arrecife, con ese defecto físico en su mano y pie, que dio lugar al nombre o apodo que diría un leído. Como decíamos anteriormente, no destacaba por sus condiciones higiénicas aunque, al parecer, si por la bondad de sus tapas. Posiblemente sea chiste manido, pero se contaba que don Manuel, que hoy se calificaría como funcionario perteneciente a un cuerpo destinado en Arrecife, hizo de guía de un grupo de camaradas también funcionarios de visita a las instalaciones del Cuerpo. Al pasar por la calle Real, donde estaba instalado el bar, en un almacén que ocupaba parte del solar donde hoy se levanta la Caja Insular de Ahorros, uno de los compañeros

manifestó el deseo de entrar a tomarse unas copas y saborear unas tapas, pero a quien el guía quiso disuadir alegando la falta de higiene y limpieza pero, ante la insistencia, no les quedó otra opción que pasar al interior. Cuando don Antonio fue preguntando los deseos de cada uno, al llegar frente a nuestro protagonista, le dijo: "Don Manuel, ¿usted lo de todos los días?"

+++++

Un proverbio árabe dice: "Dios al crear el desierto reparó el error creando en él al camello". Una vez escribimos, con pretendidas dosis de humor que cuando Dios creó a los animales el primero fue el caballo con las piezas más bellas y el último el camello con las sobrantes. Después he meditado mi error, y seguramente el Creador, antes de nada, pensó además del desierto que dice el proverbio, en el paisaje de Lanzarote y su campesino y fabricó el primer camello adaptándolo a sus necesidades. La anatomía del camello es la de un ser tenido en cuenta para las características de lo que nuestra Isla y sus habitantes serían con el tiempo. Su andar lento apropiado al clima caluroso y a la parsimonia del campesino; las largas patas para que el serón y el vaso con la paja no llegaran al suelo, pero que tuchido se adaptaba a la altura de su acompañante y la ancha plataforma de sus pies concebida para no enterrarse en las arenas que arrojaría Timanfaya; su voz de alarma en los momentos de verdadero peligro, en forma de falsa lengua sonora, roja y espumosa que asomaba entre los alambres del sálamo y su talón de Aquiles, que no era talón sino punto en la cabeza que debidamente presionado por el experto camellero, que lo denominaba el matadero, lo dejaba completamente desarmado. Hasta su cadáver, cuyos huesos, como diría el poeta, posiblemente aún blanquean en la caldera de Montaña Mina, sirvió de mantenimiento de aquellas bandadas de guirres tan añoradas, no solo por los ecologistas, y en peligro de extinción por falta de sus amigos póstumos, los camellos. Los artistas plásticos y los creadores literarios se han ocupado constantemente del camello. Otro proverbio árabe dice: "Entre las cosas que Dios ha dado al hombre, dos son las más hermosas: El rostro risueño de una joven virgen y un hermoso camello". Don Antonio de Viana: "No hallaron en ellas animales / dañosos porque nunca los criaron / aunque en algunas de ellas habitan / los soberbios camellos corcovados". Don Luis Fajardo Hernández, bajo el título Palabras y cosas, editado por la Universidad de La Laguna en 1944 y reeditado recientemente, y don Leandro Perdomo, nos hablan del camello. El insigne don Isaac Viera en su libro Costumbres Canarias nos cuenta del majorero que hizo la promesa de traer el camello a San Marcial, en Femés, si escapaba de la epidemia de garrotejo. Lo entró en la iglesia y puso dos onzas en la alcancía. Don Agustín Espinosa arma al camello de Lanzarote con el sable que arrastra. El farmacéutico que fue de Arrecife, don Cipriano Arribas y el antropólogo francés doctor René Verneau, se refieren a los camelleros, si bien al último no debió irle muy bien con ellos, los camelleros, de los que despotrica. Un eminente, don Miguel de Unamuno nunca lo denominó dromedario, como a algunos les parece forma más culta y científica, sino que siempre los nombró camellos. Refiriéndose a la Fuerteventura de su confinamiento: "Sufrida y descarnada cual camello" o "La aulaga es esqueleto de planta, la camella es casi esquelética y Fuerteventura es casi un esqueleto de isla". Agustín de la Hoz habla de Pablo el Fino, el camellero que llevó al joven rey Alfonso XIII a la Mareta del Estado, y a quien llamó, saltándose el protocolo por él ignorado, "mi niño". César, en sus magníficos murales del Parador, da auténtica vida al campesino y marinero lanzaroteños, y retrata de forma asombrosa al camello. El camello lanzaroteño fue importado de África y se dice que la Isla lo exportó a Australia para los trabajos de construcción de las vías férreas, en cuyos desiertos llegó a ser plaga peligrosa. Del léxico

popular casi han desaparecido los términos tuchir, camello moro, guelfo o majalulo, jáquima, pretal o tajarra y da pena que uno de los más importantes protagonistas de la Isla quede reducido a una curiosidad con la que los turistas se retratan; pero al menos con esa mínima función, se conserva una especie que, de otra forma, estaría en peligro de extinción como su amigo el guirre.

Hace unos años leíamos la noticia desconsoladora de que solo quedaban dos parejas de guirres, el más pequeño de los buitres, el alimoche del que tanto nos hablaba el profesor Rodríguez de la Fuente, y que se encontraban en La Graciosa. Posteriormente dijo la prensa que en Fuerteventura se estaba recuperando gracias a la campaña iniciada por los ecologistas y que ya existían varias parejas. El 5 de Junio de 2015, el diario La Provincia comunicaba que los trabajos de campo habían permitido averiguar qué cinco parejas reproductoras se asientan en la isla de Lanzarote y que se suman a las 55 parejas ya consolidadas en Fuerteventura. Finalizaba la noticia diciendo textualmente: "El director de la Estación Biológica de Doñana, José Antonio Donázar, que dirige este proyecto de recuperación, explicó: Actualmente calculamos unos 270 ejemplares entre ambas islas, las únicas de Canarias donde se conserva la especie". Al parecer en 1999 solo subsistían en Fuerteventura 20 parejas. Con motivo de la inauguración del monumento al camello, publicamos que en Lanzarote la existencia del guirre estuvo ligada a la del camello. Decíamos que eran amigos póstumos, pues hubo guirres mientras los cadáveres de los camellos y de otros animales, arrojados sin enterrar en los campos, fundamentalmente en la Montaña Mina de San Bartolomé, sirvieron de alimento a las grandes bandadas que sobrevolaban la zona. Cuando los animales para el trabajo fueron desapareciendo y las condiciones y normas de higiene prohibieron que sus restos fueran esparcidos por los campos, el guirre terminó por desaparecer. Recuerdo una conversación con un gran profesional, el amigo veterinario don José Leiva Moreno, que tenía la idea de que las carnicerías y otras empresas similares tiraran los desperdicios en las zonas que eran comederos habituales de los guirres. Habló de la Montaña Mina de San Bartolomé, pues en mi niñez fui muchas veces testigo del arrastradero de animales muertos hasta depositarlos en la caldera de la montaña y la inmediata llegada de las bandadas y, recordando al poeta Ventura Ruíz de Aguilera, que decía: Al sol de estos horizontes, muchos huesos en los montes y muchos buitres venir". No tenemos conocimiento de que en nuestra Isla se esté haciendo una campaña similar a la de Fuerteventura, pero sería interesante, de no haberse iniciado, conocer lo que allí se hace y colaborar en esa medida para que, unidas, hagan más eficaz y rápida la recuperación de la especie, hoy casi invisible en la Isla. ¡Ah!, y no olvidar a Pepe Leiva.

Después de escrito lo anterior, la prensa ha publicado una fotografía de una pareja de guirres alimentándose en un comedero instalado por el Ayuntamiento de Teguise. "O.K.", diría un norteamericano.

+++++

Según una publicación de la época, nacía con el pomposo nombre de Stadium Olímpico y su tribuna estaría rematada por un águila imperial, como no podía ser menos en la etapa política del momento y quizá también por el ambiente germanófilo que la visita del barco alemán había desarrollado. Pero se quedó en esqueleto de campo de fútbol y el águila, ni subió a la tribuna y menos desplegó sus alas. Esqueleto porque sus paredes de cantos de tosca de la Montaña Mina nunca fueron encalados; esqueleto ya que los vestuarios, por llamarlos de alguna manera, de los equipos no llegaron nunca



a tener techo; esqueleto ya que los postes de las porterías estaban cambados por el efecto de la intemperie; esqueleto, en fin entre otras muchas cosas, porque el reglamentario césped fue siempre una capa de tierra pedregosa que la caída de un jugador, daba lugar a que sangraran sus rodillas. Pero, esqueleto y todo, con los vestuarios al aire libre; regado por señor Domingo con el agua del pozo de las salinas preexistentes en el solar; con las incómodas gradas de cemento deterioradas por la erosión y reparadas en alguna ocasión, y con la tierra acumulada en la esquina sureste, que a impulsos de la brisa convertía a los espectadores en verdaderas esculturas de barro, vivió seguramente una de las más gloriosas etapas del popular deporte futbolístico. Su rectángulo dio lugar a las calles, Triana, Portugal, Doctor Fleming y posiblemente Paraguay actuales. No puedo nombrar, por numerosos, a todos los muchachos que desinteresadamente y solo por amor al deporte, fueron protagonistas de aquellos domingos, entre riqui racas, madrinas, cantos alusivos y riadas de aficionados calle Fajardo arriba camino del espectáculo y calle Fajardo abajo una vez concluido. Caras de satisfacción, resignación o coraje, y algún que otro empujón. Protagonistas de la Isla y llegados de la Península o de otras islas, fundamentalmente a cumplir el servicio militar, pudieran haber sido integrantes de los actuales equipos con sueldos millonarios a galácticos y a otros que ni siquiera lo son. Recuerdo la conmoción que produjo en el ambiente deportivo cuando se supo que un jugador había mudado de equipo a cambio de un terno, de un traje de buena calidad, lo que supongo fue el primer caso de profesionalismo deportivo local. Lo que puedo atestiguar es la pasión de los seguidores del Torrelavega, representante del popular barrio de La Vega; Marino del centro de la ciudad, Arrecife, Osborne de la calle Cienfuegos, Infantería integrado por militares del Batallón y Educación y descanso de la obra sindical del mismo nombre y en cuyo local, enclavado dentro del edificio de Falange, que ocupa actualmente el Bulevar Spínola, recuerdo dos murales, posiblemente de César, en pintura color azul, representando a dos baloncestistas disputando un balón debajo de la red y dos boxeadores intercambiando golpes. El Osborne, patrocinado por la empresa del coñac del mismo nombre, desembocó en el Lanzarote de manos de don Guillermo Toledo. Ni siquiera la Iglesia fue ajena a la fiebre futbolera, pues el Marino era presidido por el párroco don Lorenzo Aguiar Molina y tenía su sede en el actual Archivo parroquial. Respecto al nombre de El Torrelavega, se ha especulado mucho. Se decía que era en recuerdo de una especie de torre, realmente depósito de agua, de un edificio situado en el barrio, al borde de la carretera de San Bartolomé, en el que los hermanos Ramos habían instalado una industria de destilación de alcoholes. Don Agustín García Márquez, buen amigo y prestigioso abogado, me lo aclaró: Estando él y su amigo don Gervasio Ramos, con la idea de crear un equipo de fútbol, reunidos en el garaje donde el padre de don Gervasio guardaba los camiones, vieron en una esquina una rueda que decía: Fabricada en Torrelavega. Les gustó el nombre para el futuro equipo. Si don Agustín lo dice, es pura realidad. Quiero terminar con una anécdota de las infinitas que se produjeron en el ambiente apasionado. El enfrentamiento de dos rivales del momento, uno creo que el Marino aunque no estoy muy seguro, pero si lo estoy del otro, el Osborne, termina con la derrota del último por tres goles a cero. La casa Osborne, patrocinadora del derrotado fabricaba un coñac bajo la denominación de Tres ceros. Terminado el partido una voz pregunta por teléfono a la sede, por don Juan Sierra, tinerfeño representante de la marca en Lanzarote y presidente del equipo vencido: Don Juan, ¿tiene coñac Tres ceros?

Al tiempo de la rivalidad Marino - Osborne, se puso de moda Rascayú, una cancioncilla de humor negro que decía de tumbas y cadáveres con un estribillo: "Racayú, cuando mueras, ¿qué harás tú?; ¿tú que harás? ¡Tú serás un cadáver nada más!" Una de sus estrofas decía: "Todas las noches iba al cementerio a visitar la tumba de su esposa, y la gente murmuraba con misterio, es un muerto escapado de la fosa". Por determinado acontecimiento, en medio del campeonato, se celebró un partido entre los rivales, en que se jugaba una copa que ganó el Marino. Los osbornistas, rascados cantando con la música de Rascayú, remedaban: "Toda la gente marchaba hacía el Estadio, / para presenciar el partido del honor, / donde el Marino jugando con gran arte, / al Osborne una copa le ganó. / Esa copa que un día nos ganaste, esa copa será tú perdición; / pues al final de la jornada el Osborne será el campeón! Rascayú,..."

En el libro ya citado, "Los cipreses creen en Dios", Gironella dice que en Gerona, donde se desarrolla, en los años 40 la juventud cantaba "Rascayú".

En aquella época de nuestro fútbol la autoridad del árbitro, trencilla por el reborde blanco de su chaqueta azul, era indiscutible. A su indicación, la Guardia Civil expulsaba del campo al espectador díscolo. Uno de nuestros jueces futboleros se le apodaba con el nombre de ese roedor de aspecto repugnante, de pelo oscuro y largo rabo, habitual de las alcantarillas. Don Manuel, fanático seguidor del Lanzarote, disconforme con la decisión del árbitro sobre determinado acto de un jugador de su equipo, lo increpó con el nombre. El ofendido señaló con el brazo al espectador y con un gesto ordenó a la pareja de guardias que lo hicieran salir del recinto. El expulsado, que tenía su casa junto al estadio, desde el balcón, sintiéndose protegido, le gritaba: "¡Animal rabudo!, ¡animal rabudo!"

+++++

El término godo con el que se calificaba a algún peninsular que presumía ser propietario de cortijos en Andalucía o Extremadura y sobre todo hablar de toros y presumir de toreros, se gestó en Gran Canaria y nunca se usó en Lanzarote. Un funcionario venido de aquellas tierras hablaba y no paraba de toros y toreros, de vaquillas y tentaderos e incluso de haber sido protagonista de alguna de esas tientas en las que se prueba la calidad de las reses. Dijimos en el episodio del fantasma, que aquel Arrecife era propicio a las bromas. Los socios del Casino, los llamados Moros notables, se confabularon para hacer víctima de una de ellas al recién llegado. Le hablaron de que en el Cortijo, palabra muy apropiada, que don José tenía en Tiagua, había unas vaquillas que, a lo mejor eran aptas para una capea y lo convencieron para intentar una prueba. El día señalado hubo un remedo de trajes de luces, visita a la ermita y de todo el ceremonial propio. La caravana de los pocos coches en manos de algunos socios del Casino, en los que se acomodaron los Moros notables, se encaminó al cortijo. La sorpresa y decepción del torero fue que por el portón de salida de las cuadras donde se recogía el ganado, no salió una vaquilla sino, entre al principio disimuladas sonrisas transformadas después en fuertes carcajadas de los acompañantes, una enorme y gorda vaca, cuyo curvos cuerno competían en tamaño con las no menos descomunales ubres lecheras.

+++++

En la recientemente fallecida era de prosperidad económica, delante de cada casa se alineaban casi tantos coches como camas habían en los dormitorios. Los de los abuelos jóvenes, los de ambos

padres y el de cada uno de los hijos mayores de dieciocho años. El perro no tenía carnet pero disfrutaba del paisaje con la cabeza por fuera de la ventanilla. Una fotografía que tengo por gentileza del amigo Vicente Armas Stinga presenta media docena de coches, con aspecto de antiguas tartanas en las que se ha sustituido el caballo de sangre por los caballos del motor, alineados delante de la iglesia de San Ginés. Entre los conductores, con el correspondiente y reglamentario sombrero de la época, identifico a don José María Gil y a mi tío Paco Lorenzo. La historia de los coches en Lanzarote es el reflejo de la situación económica, como creo que ocurra en otros lugares. Desde los pocos, casi prehistóricos, en manos de los señores más o menos ricos, hasta la última etapa de multiplicación, con todo derecho, en todas y cada una de nuestras familias, como decíamos al principio. Todavía en mis oídos el bramido de la pita del coche de Doña Bienvenida, conducido por don Santiago, y que llegaba a todos los rincones del pequeño y silencioso Arrecife; el último grito americano traído por don Antonio Márquez o los Fiat azules y enormes de don José Prats, don Esteban García o don José Bethencourt. Recuerdo ir de niño con Fernando Carrasco desde mi casa en San Bartolomé hasta la finca de La Florida, en el Ford T de don Estanislao, que trajeron en una caja de madera según me dice mi amigo. Se decía del pequeño coche de don José Molina, que el chófer, don Ramón, el hombre con más dioptrías en sus gruesas gafas que he visto, para subir la Cuesta del Lomo lo ponía marcha atrás. Leyendo Mil Soles del francés Dominique Lapierre, me enteré que el autor para hacer subir su Torpedo Amilcar pintado de azul, por las escabrosas cumbres europeas, empleaba el mismo método. A propósito del Amilcar en forma de torpedo de que nos habla el autor, recuerdo otro Amilcar de iguales características, pero pintado de encarnado, que el capataz de obras del Cabildo o de Obras Públicas, don Antonio González Marrero, conocido por El Canario por su origen, usaba en sus desplazamientos y que terminó en manos de los prestigiosos comerciantes Hermanos Guerra. Parece que, cuando una pareja de la Guardia Civil subió al Ford 4 de don Agapito, en uno de los miles de baches de nuestras pedregosas carreteras, los fusiles colocados en la verticalidad reglamentaria, se desplazaron violentamente hacía arriba perforando la capota de lona del vehículo. Cuando otra pareja requirió los servicios del taxi, antes de arrancar, el conductor con cara de pocos amigos, volvió la cabeza hacía el asiento trasero y señalando con el índice, ordenó: "Las escopetas en el piso". Al alcance de mi mano una pequeña fotografía del primer haiga que llegó a Arrecife. Colgado de la pluma, como se nombraba la primitiva grúa de un correílo negro, el Cadillac blanco que trajo desde Venezuela don Francisco Toledo. En el Instituto el compañero Castito, admirado nos decía que era tan moderno que apretando un botón se bajaban y subían los cristales. El término haiga aplicado a los coches que hoy se calificarían de gran cilindrada, tenía un origen humorístico. Cuando alguien con más poderío económico reciente que cultura, se dirigía al vendedor de coches: "Póngame el más caro que haiga".

+++++

Don Luis Ramírez González, reciente y merecidamente homenajeado por San Bartolomé por su generosidad, tenía una gran finca en La Florida, una pequeña mona como maestro Alejandrino, la perra Linda y un coche singular, dotado de ahí te pudras. Dije en una ocasión que en las visitas a mi casa de don Víctor el cura me impresionaba por el tamaño de sus zapatos, en las de don Luis, los domingos que acudía a misa, la impresión era por su nariz sobre la que cabalgaban unas gafas de pequeños cristales. Por ciertos desencuentros como está de moda decir, con un antiguo párroco, dejó sus relaciones con la iglesia de su pueblo y se mudó a cumplir sus obligaciones cristianas en

Teguisse. Cuando era costumbre que una imagen sagrada, dentro de una pequeña urna, circulara de casa en casa, la que se llevaba a la mía estaba enfundada en una cubierta de tela de raso adornada con algunos símbolos eucarísticos, confeccionada por don Luis, para lo que tenía gran habilidad. Con el párroco don Víctor, volvió la reconciliación. Decíamos de su generosidad que, entre otras cosas, lo llevó a donar su casa de Arrecife, la actual Casa de la Cultura, a la congregación de los Salesianos con el fin de que educaran a niños pobres de Lanzarote. El edificio era la sede del Casino de Arrecife y, cuando la directiva creyó oportuno renovar el mobiliario, la llegada del nuevo material coincidió con la de los responsables de la congregación para hacerse cargo de su propiedad. Entre la nueva dotación venían unos sillones para sustituir los deteriorados que los Moros notables venían usando desde tiempo inmemorial. El humor de los socios hizo que a los nuevos se les denominara así: salesianos. Yo vi a la mona encaramándose en una caja que le servía de refugio y a Linda asomada a la ventanilla del coche. Se decía que la enterró en el castillo de Guanapay bajo una losa de mármol con su nombre. El coche era singular porque, además de dos plaza protegidas de las inclemencias del tiempo por una capota de lona, disponía además de lo que irónicamente se denominaba un ahí te pudras, un hueco en la parte de atrás que, cuando se levantaba la tapa, podía dar acceso a un tercer ocupante, que tendría que soportar aquellas inclemencias de viento, sol o lluvia. Me contaba Estanislao que, o por deficiencia de la entrada para su finca o poca habilidad de don Luis, generalmente al enfilarla, el coche quedaba embarrancado. El medianero llamaba al hijo: "Ya viene don Luis en el coche. Prepara la camella para sacarlo de la zanja de parras".

+++++

Cuando alguien me preguntó sobre las academias privadas existentes en el pasado de Lanzarote, se me olvidó quizá la más singular: la de doña Hortensia. Singular por muchas características, pero fundamentalmente, por ser la única que practicaba la enseñanza de mecanografía y por la que pasamos todos los muchachos cuyos padres creyeron que era un conocimiento necesario para el desenvolvimiento de nuestras futuras profesiones. Doña Hortensia, cordial, bonachona, enamoriscada según decían, lo que no fue obstáculo para que permaneciera soltera, tenía su academia en el caserón hoy en ruinas, en la Plaza de la Iglesia, frente al templo parroquial. Nos recibía en el portalón verde del zaguán empedrado, luciendo una especie de operación estética con un elástico que rodeaba su cabeza, para sostener una moneda que aprisionaba un pequeño quiste surgido en el centro de su frente. Tenía dos anticuadas y pesadas Underwood, cuyo peso no era solo el físico, sino también el de arrastrar el carro para pasar al nuevo renglón. Se alimentaban de las cintas bicolores, rojas y negras o azules y rojas, que le suministraban algunas oficinas bancarias, ya desechadas por su desgaste. El que apenas imprimiera la letra presionada por la tecla o que los caracteres no guardaran la uniformidad, ya que algunas se salían de la fila, no era obstáculo. Lo importante, decía la profesora, es que los dedos se agilicen y presionen donde corresponde. Una tercera máquina portátil, guardada bajo llave como una reliquia, se permitía usarla solo a los que ya estaban en la última etapa de la enseñanza y venía a ser como una graduación simbólica del aventajado alumno. Una hora de un aburrido teclear copiando las pautas, "apuesta, apearce, aparecer", iba poco a poco automatizando aquellos dedos torpes en principio. Como no disponía sino de dos máquinas, solo dos alumnos coincidían. Durante muchos meses tuve como compañera a una joven que creo se apellidaba Bethencourt. Cuando yo llegaba, ella puntualmente ya estaba tecleando. Un día no estaba y, ante mi mirada de interrogación, doña Hortensia con lágrimas en los

ojos, me dijo: "Anoche se murió de repente". Creo que fue mi primer dolor de adolescente por la desaparición de una persona muy apreciada.

Cuando surgía una de las frecuentes averías, aparecía para solucionarla la figura de Florentino. Lo primero que hacía era reprocharle a la profesora el que no tirara a la basura aquellas máquinas y comprara unas nuevas. Supongo que el presupuesto de la academia no estaba para esos dispendios. Florentino, asturiano, mono azul de mecánico, presumía de ser un perseguido político de El Régimen, refugiado en Lanzarote. Tenía su taller y vivienda en un antiguo garaje en la calle El Duende. En el dorso de sus tarjetas de presentación había plasmado algunos pensamientos con pretensiones de filosóficos, uno de los cuales recuerdo casi textualmente: "El ruido de los motores es una música celestial que Arriba, los ángeles la adoran". En aquella época de ambiente bélico europeo, cuando estaba de moda el castrense "pelado a lo alemán", la insólita melena hasta los hombros de Florentino, le valió el sobrenombre de "El peludo". Una mañana la puerta de su taller y vivienda apareció cerrada. Se rumoreaba que, con nocturnidad, se había embarcado en uno de aquellos veleros que partían de nuestras costas rumbo a Venezuela.

+++++

En mi opinión uno de los mayores legados de César a nuestra Isla fue la del orden y limpieza de los pueblos, aceptado y practicado fundamentalmente por los campesinos. Poco a poco fueron desapareciendo las paredes medio derruidas, las casas sin albear y los estercoleros en las inmediaciones de las viviendas. Es verdad que los campos, con el abandono de la agricultura, se han ido poblando de aulagas y bobos, pero que también son parte del paisaje autóctono. A donde ha tardado más en llegar y aceptarse es en nuestra ciudad, si bien también lenta y desesperadamente, algunas de las lacras se han ido superando. He leído un delicioso artículo de Antonio de Burgos que bajo el título El asqueroso chicle expone que si el tabaco nos llegó de América de manos de los seguidores de Colón, hoy también desde Estados Unidos nos llega la prohibición de fumar de forma tan furibunda como si la famosa Ley Seca de los años veinte respecto al güisqui se tratara, se echa de menos una actitud similar respecto a esa importación norteamericana del chicle. Recuerdo el clásico chiste del que pregunta en qué se diferencia un norteamericano masticando chicle de una vaca rumiando y, la humorística respuesta era que en la mirada de inteligencia de la vaca. Antonio de Burgos despotrica del chicle diciendo que quien no se atreve a fumar por no faltar el respeto a otros, se presenta con ese continuo movimiento de mandíbulas propio del usuario del chicle; que pisar un chicle en la calle nos pone en peor situación que la que supone hacerlo con una de esas muestras que los perros, con la complicidad de sus dueños, van adornando nuestras calles y paseos. Esa maniobra casi imposible de evitar que nuestro zapato quede unido al suelo como si el mejor de los pegamentos se tratara y, cuando los consigues, unas hilachas blanquecinas se convierten en la orla de nuestro calzado. Yo desearía que alguno de nuestros políticos, ahora que está de moda ser anti norteamericano, presentara una Proposición de Ley prohibiendo, como en Singapur, la venta de chicles. Así posiblemente nos libraríamos de esas manchas negras, lamparones diría una señora que conozco, que tanto abundan y afean nuestras calles y plaza.

+++++

Unas imágenes en las pantallas de televisión y unos carteles en las carreteras, que al principio nos ponían los pelos de punta por su crudeza, parece que han empezado a tener efecto en la disminución del número de accidente de circulación y en el de víctimas, mortales o no que, principalmente cada fin de semana, amargaban las noticias de la prensa. Solo falta que algunos locos del volante asuman su responsabilidad. Cierta día, en las oficinas de la Jefatura de Tráfico vi un cartel que me hizo reflexionar. No se dirigía a los conductores sino a los peatones. Como en las películas del viejo Oeste americano, unas rayas blancas y una no menos rayada cebrá, tenían un pie que decía: "Paso de cebrá, se busca", como si de un pistolero perseguido por el sheriff se tratara. Cuando circulamos por nuestras calles parece que esos pasos de peatones fueran algo invisible u oculto, que necesitan un cartel anunciador de su existencia. Me causó satisfacción ver como unos policías locales de San Bartolomé, junto al Centro Comercial Deiland, obligaban a los caminantes a usar esos pasos y no permitiéndoles circular por otra zona. Parece que entre peatones y conductores existiera un antagonismo que algunas veces puede acabar en tragedia. Ante la indignación, muchas veces justificada de los peatones, un conductor hace caso omiso de la preferencia del viandante, poniendo en peligro su integridad física; pero también justa la indignación del automovilista cuando el peatón, de forma imprudente y sin mirar siquiera, se lanza a cruzar sin tener en cuenta que un vehículo no puede ser dominado en fracciones de segundo, o cuando sin el menor civismo, lo hacen con la mayor calma posible, se detienen en medio del paso a hablar o comentar, de tal forma que yo propondría a los responsables del tráfico que cambien la denominación por la de Paseo de peatones. Esa actitud, en algunos casos, ¿será la venganza del que no tiene coche contra el que lo tiene?

+++++

Desde hace unos años, el primero de noviembre surge una fiesta que todos creíamos de importación y que, bajo ese nombre difícil de pronunciar de halloween invade no solo nuestras calles sino también la intimidad de nuestras casas. Un comenario radiofónico de la diseñadora Sara Navarro ponía de manifiesto que de esa costumbre que se creía importada de América, ella recordaba que su abuela, la víspera del Día de Difuntos hacía dulce de calabaza que, una vez liberada de su contenido, unos agujeros en la cascara la hacían soporte de una velas en su interior para iluminar los recuerdos de los familiares muertos y a los muchachos para hacer unas caretas con las que asustarse mutuamente. Esa idea la corroboraba al día siguiente en los micrófonos de la misma emisora un conocido escritor que, a su vez lamentaba el acoso recibido por los que en demanda de un aguinaldo, aporreaban la puerta de su casa y pulsaban insistentemente el timbre hasta que se valió del truco de apagar todas las luces para hacer creer que no había nadie en su interior. Nosotros también fuimos víctimas de esa incomprensión después de que, entre timbrazos alarmantes por su brutal insistencia y gritos desaforados, mi casa fue bombardeada con huevos. Eso de bombardeada es una exageración, ya que realmente fue un solo huevo el que se estrelló contra mi puerta y de lo cual, unido a que se hizo amparándose en la nocturnidad, he sacado dos consecuencias: Que los huevos están muy caros y no tenían para comprar más y, en segundo lugar, que no tenían dos. Tratándose de cosas de chiquillajes esto es un comentario, pasada la indignación, de humor.

+++++

Tuve la oportunidad de contactar con un grupo de alumnos del Instituto Zonzamas de Arrecife que, aunque en gran parte de familias inmigrantes, sus profesores le habían llevado a interesarse por la

historia de nuestra ciudad e incluso a involucrarse en un proyecto de rehabilitación del Charco de San Ginés. En la Plaza de la Iglesia sostuvimos una charla sobre la historia de Arrecife a partir del siglo XVIII, cuando nuestra ciudad comenzó a tener importancia una vez pasada la etapa desafortunada de invasiones de piratas y corsarios; de los argelinos Dogalí, Jaban y Morato Arráez y del último y fallido británico en 1762. Hablamos de los castillos, del hambre que dio lugar a que el rey Carlos III diera órdenes para que intentando paliarla, se construyera el de San José y se conociera popularmente como Fortaleza del hambre; del templo al que el obispo Verdugo Albituría le diera categoría de parroquia, del primer párroco don Francisco Acosta; de La Recova, de la calle Salazones, de lo que se ha dado en llamar La Guerra chica y del acogedor Callejón del Agüarecío. Hacía tiempo que no habíamos pasado por la calle Brasil y nuestra sorpresa fue encontrarla, sino restaurada, si adecuada hasta cierto punto. Y más nos sorprendió que una de sus vecinas, doña Francisca, Pacuca como la conocen sus amigos y familiares, y como a ella le gusta ser nombrada, que nos sirvió de guía describiéndonos la calle, desde su historia física hasta la de sus habitantes. Nos contó de la casa de dos populares señoras, doña Lola y doña Luz Ramírez Ferrera, en la que por razones de rodaje de una película durante muchos años colgó en su frente el cartel de Pensión sin haberlo sido; la de la casa de uno de los más importantes armadores de la época gloriosa de la pesca y mayor sorpresa cuanto nos contó del puente que en las mareas altas, permitía el acceso a las seis casas, hoy subsistentes tres, de La Puntilla, puente actualmente enterrado bajo el entullo para el relleno de la avenida que rodea al Charco. ¿Posibilidad de rescate? Finalmente hablamos de la necesidad de la apertura del antiguo Pasadizo, canal que permitía que las aguas discurrieran por su cauce natural desde la Puerto Naos hasta la Playa de El Reducto y que en su momento, por razones de higiene, hoy afortunadamente superadas, hizo necesario su cierre.

+++++

El invierno del 2011 se dijo que había sido el más frío de los últimos cuarenta años y que dio lugar al fenómeno extraño de las granizadas y que en este de 2016 se ha repetido ligeramente la circunstancia. Las recuerdo de mis primeros años en San Bartolomé. Unos bolichitos del tamaño de un garbanzo y de escasa duración apenas blanqueaban los caminos. La palabra granizada nos trae el recuerdo de tiempos muy lejanos a los actuales en qué comercio y heladerías nos ofrecen todos los meses del año, productos refrescantes de todas formas y sabores. Esos, en aquella época de rudimentarios productos, solo se ofrecían en el verano, desde julio a septiembre. Digo rudimentarios productos, aunque quizá lo más correcto sería decir artesanales, y la gama era solamente de polos, un trozo de hielo encarnado, verde o amarillo, según el colorante y el gusto del consumidor, con un palito para sujetarlo, y los helados de vainilla, fresa, limón o coco, fabricados a mano. ¡Ah!, se me olvidaba lo que realmente trajo a mi memoria la palabra granizada: Los vasos llenos de pequeñas partículas de hielo machacado con un delicioso sabor a naranja o limón, en lo que don Manuel Pérez era un verdadero maestro en su elaboración. El añorado Teide, no la montaña tinerfeña, sino el quiosco del Muelle Chico que don Manuel regentaba, donde oímos cantar los sentimentales Angelitos negros o la guitarra hawaiana de Cabrera, director de Los Huaracheros, que eran acompañados de una buena jarra de cerveza o de granizada. Los carros de helados, con sus tres tapas emulando cúpulas bizantinas, eran el complemento popular del verano, por la Avenida Marítima o junto al Cine de don Paco, con sus helados, mal llamados por algunos mantecados que, recubiertos de crujientes y rectangulares galletas, salían del molde de manos de

Pepe y Dámaso, hermanos de don Manuel. Nuestro recuerdo y agradecimiento a los tres hermanos, que tantas satisfacciones nos dieron en aquella época. Después vinieron otros carros y otros vendedores, pero eso es otra etapa distinta.

+++++

La prensa escrita, en su afán de mejorar la ratio y, como consecuencia la situación económica, nos atiborra, principalmente los fines de semana y en alguna otra conmemoración, de complementos en forma de revistas en los que personas de la localidad se ven retratados y se sienten protagonistas; nos venden películas o discos a bajo precio, que supongo se encuentran almacenados en las dependencias de sus creadores, sin salida comercial o nos hacen coleccionar cupones y cupones para canjearlos por utensilios o aparatos que también creo apilados en los almacenes. Hace muchos años, cuando aparecieron los relojes electrónicos y tenerlos era un signo de distinción, un país oriental famoso por sus imitaciones, lanzó una copia de aspecto casi perfecto con la que podíamos, por pocas pesetas, presumir de lo que en apariencia era una joya. Por aquellos tiempos se dijo que algunos calados de La Palma venían de Hong Kong o que parte de los sombreros de La Graciosa se fabricaban en Laos o tierras aledañas. Algunas veces leemos la noticia de que la policía se ha incautado de productos falsificados de dudosa procedencia. Recientemente la del Diablo de Timanfaya. Un domingo al comprar determinado diario, ya me marchaba cuando la vendedora me advirtió: "Tome la cajita" y me entregó una pequeña caja de cartón con el rótulo que decía textualmente: Símbolo animal de Fuerteventura. Me alegró que alguien se acordara de la clase artesanal, tan necesitada de protección, como en otras, de la Isla hermana. Al abrir la cajita me encontré una especie de platito que, en uno de sus laterales tenía el pequeño dibujo de un pájaro, supuse sería una avutarda que junto con la cabra, se han dado en considerar emblemas de la Isla vecina. Pero, mi gozo en un pozo. No es que se me rompiera el obsequio, sino que aquel apoyo a la artesanía majorera se esfumó rápidamente. El obsequio decía también textualmente: Hecho en China. Mi reacción fue rápida. Una palabrota que quedó intentando salir de mi boca pero se atragantó y el objeto chino-majorero que cayó de forma no menos rápida en el cubo de la basura.

+++++

Los pájaros silvestres a los que doy de comer en mi jardín a las cuatro en punto de la tarde, el domingo 27 de abril llegaron tarde, con una hora de retraso y mis perros ladraron en reclamación de su comida a las 7 en vez de las 6 habituales. Es que la naturaleza no entiende de horarios oficiales ni yo de los beneficios que esos cambios produzcan. Expertos tiene la materia y, si ellos lo dicen, será, pero no acabo de comprender que lo que se ahorra por la mañana adelantando una hora en verano y atrasándola en invierno, no se gaste por la tarde. Alguien me apuntó que las industrias, que son las que más energía consumen trabajan por la mañana y no por la tarde. En mi casa, por cierta tendencia a coleccionarlos hay quince relojes y el día del cambio paso media mañana adaptándolos al nuevo horario. El día correspondiente al adelanto es más fácil, pero retrasarlos o tener que detenerlos es más complicado. Menos mal que mi amigo Antonio familiarmente relacionado con el tema, entiende de eso, dice que con los actuales electrónicos se les puede dar marcha atrás sin ningún problema. Cuando nos regalaron el primer reloj, que eran de cuerda y hacían tic tac, la primera advertencia era: "No le des para atrás que te lo cargas". Cuando no había esas variaciones solares se decía que las doce, o sea el medio día, era cuando un palo colocado en



posición vertical no producía sombra. El campesino que preguntado por la hora aseguró que eran las doce, ante la extrañeza del interlocutor dijo: "Yo no necesito reloj; mi estómago me dice cuando es mediodía". Cuando la industria japonesa no se había lanzado a la producción masiva de relojes y su abaratamiento permitía estar al alcance de todos los bolsillos, en Arrecife el caos horario era patente. Las tres esferas del reloj del Cabildo solían marcar horas diferentes; las 12 y las 2 de la tarde que marcaban la vida social, lo hacían cuando el monaguillo de turno encargado de las campanas de la Iglesia se acordaba y la única exacta era la que marcaba la sirena de la fábrica de pescado Rocar, en aquella época Lamberti, que sonaba para la entrada y salida de las trabajadoras de la sardina. Tengo amigos que me dicen que necesitan cierto período de tiempo para adaptarse al nuevo horario y debe ser verdad por lo que decía hace unos días un sicólogo en la radio. Las normas eclesiásticas para señalar cuando es miércoles de ceniza recurren a un galimatías con aquello de que es el segundo miércoles después de no recuerdo que. La norma europea del cambio horario expresa aproximadamente que es a las dos de la madrugada de la noche del sábado al domingo de la última semana de los meses de marzo y octubre de cada año. Ahí está el truco, que caiga en la madrugada de un domingo. Si fuera el último día de esos meses y cayera en día laborable, al día siguiente muchos, o llegarían al trabajo una hora antes cogiéndose la rabieta por la hora de sueño perdida o llegarían tarde, con la reprimenda del jefe, por no haber corregido el despertador de forma reglamentaria. Yo no espero a las dos de la madrugada, lo corrijo al acostarme. Me pregunto: ¿Qué hacer con los históricos relojes de sol como el de la iglesia de Tinajo? ¿Le cambiamos el palito que produce la sombra o lo inclinamos un poco más? Posiblemente la solución sería como en los telediarios: "Una hora menos en Tinajo".

+++++

Un día vimos horrorizados las consecuencias del maremoto que asoló parte del Sureste asiático. Después de varios años visité nuevamente Timanfaya, la Ruta de los Volcanes y escuché el relato del Diario del cura don Andrés Curbelo Lorenzo, lo que me hizo recordar y comparar lo ocurrido en Lanzarote con aquel tsunami que en alguna forma, aunque sea moral, todos hemos padecido. Los efectos de aquellas gigantescas olas marinas pienso no son comparables, salvo los producidos entre los confiados nativos y turistas, con los causados por verdaderas olas de fuego y lava que arrasaron parcialmente a nuestra Isla. El tsunami duró unos minutos y causó la muerte de cientos de miles de personas; nuestros volcanes vomitaron durante casi seis años y, aunque no afectaron de forma mortal a nuestra población, creo que debido a su escaso número y a que los previos anunciadores movimientos del terreno y los bramidos de que nos habla el cura, dieron la alerta que permitieron la huida de las zonas afectadas. El relato que oíamos mientras viajábamos en la guagua y que hemos leído reiteradamente, nos dice que en un determinado momento una parte de la población se desplazó hacia el norte y otra huyó a otras islas dejando casi deshabitada a Lanzarote; que la isla creció, entre cataratas de lava y vapores ardientes de agua marina, casi una cuarta parte de su superficie y sepultó algunos caseríos de nombres tan sonoros como Tingafa, Jaretas o Testeina, entre otros. Si el maremoto asiático ocupó horas y horas de televisiones y millones de páginas de los periódicos, cuanto hubieran ocupado los seis años de nuestra erupción, aunque seguramente su habitualidad hubiera dado lugar a que dejara de interesar como noticia. Se decía que hasta se celebraban luchadas y fiestas a la luz de los volcanes y que cuando se apagaron definitivamente la población sintió tristeza. Supongo que no deja de ser una opinión exagerada de los que hoy

denominaríamos aprovechamiento de la energía geotérmica. El documento de don Andrés, de valor extraordinario para Lanzarote parece que, de manos de un famoso naturalista, fue a parar al archivo de una universidad alemana, posiblemente la de Heidelberg. Hoy que está de moda recuperar para las ciudades archivos y documentos depositados en organismos ajenos, ¿no sería momento de reivindicar para Lanzarote tan importante documento? Sé que sería casi imposible lograrlo pero, actualmente cuando la técnica permite falsificar documentos que incluso hacen dudar de su autenticidad, sería importante, si no se ha hecho, cosa que ignoro, gestionar la obtención de un facsímil que permitiera tener a la vista aquellas hojas, supongo que de libreta, en las que el cura Curbelo recogió sus impresiones del fenómeno volcánico.

+++++

Casi diariamente leemos en la prensa las quejas sobre el déficit sanitario de la Isla; de ampliaciones y mejoras de nuestros hospitales, no siempre a gusto de todos; de la escasez del personal sanitario que los atienden y de los conflictos laborales. En lo que están todos de acuerdo y personalmente lo ratifico por haberlo experimentado, es la dedicación, exquisito atendimiento y sacrificio de ese personal. Me recuerda las instalaciones sanitarias sucesivas, unas que sabemos de oídas o por la lectura de algún libro, especialmente del titulado "Hambrunas, epidemias y sanidad en Lanzarote" de Francisco Hernández Delgado y María Dolores Rodríguez Armas o por conocerlas al ser de actualidad. Desde el Lazareto que ya hemos reseñado, cuyas ruinas contemplamos, la Casa de Cabrerón, cuyas ruinas subsisten, el Hospital de Dolores en la Plaza de la Iglesia en las actuales instalaciones de Caritas; el Centro de Higiene Rural, el Hospital Insular y el Hospital General, además de los centros sanitarios ubicados en los pueblos del interior y barrios de Arrecife. Queremos hacer mención especial del origen de los dos últimos. Allá por los años cuarenta del pasado siglo, el Capitán General de Canarias, don Francisco García Escámez pregunta al presidente del Cabildo: "Don Augusto, si en Lanzarote ocurriera una catástrofe, ¿de qué medios dispondría? El presidente lo lleva al Hospital de Dolores y contesta: "Estos". El militar toma nota; a los pocos meses los técnicos militares elaboran el proyecto sobre un solar cedido por el Cabildo en Puerto Naos, y se inicia la construcción del Hospital Insular, iniciado con aportación del Mando Económico de Canarias, especie de Ministerio de Hacienda de las islas dependiente de la Capitanía General y se termina, según se decía, con dinero de una fuerte multa impuesta a alguien por irregularidades comerciales. Fue inaugurado en 1950 por el General Franco. Casi tres decenios después preocupaba la necesidad de nuevas instalaciones sanitarias. El Cabildo Insular pone a disposición del Ministerio unos terrenos en la zona de Árgana. Hubo críticas de no ser idóneos por estar próximos a una zona industrial, pero era el único de que se disponía y un tema de cómo se dice, de cara o cruz, lo toma o lo deja. La comisión que se desplazó a Madrid con el asesoramiento técnico del doctor don Carlos Henríquez Gaztañondo, comprobó desde el primer momento que el Director General que la recibió no estaba en buena disposición a favor de la construcción de un nuevo hospital. Alegaba la baja población de la Isla, y propugnaba la ampliación del Hospital Insular. La apasionada y argumentada defensa del doctor Henríquez, que llegó a cierta violencia verbal con el representante ministerial inclinó la balanza, aunque las obras se demoraron bastante tiempo. Doy fe de la meritoria intervención del doctor Henríquez por mi presencia.

+++++

Para mucha gente, la palabra campanario, en ese caso debería escribirse con mayúscula, les trae a la memoria unos programas televisivos con más audiencia de la que por su contenido fuera de desear. Para otros, campanario nos rememora edificaciones de verdadero encaje de piedra de las catedrales góticas, música de Bach arrancada de un carrillón por un pianista de fama mundial, cuyo nombre desgraciadamente he olvidado, o a Quasimodo, el deforme campanero, enamorado de la bella Esmeralda la Zíngara, creado por Víctor Hugo en Nuestra Señora de París que, encarnado por el inmortal Charles Laughton, vimos en el viejo cine Díaz Pérez, en los años cincuenta del pasado siglo, enloquecido lanzarse a abrazar las campanas mientras volteaban. Un día comentábamos el perfecto retrato de Arrecife, que su mejor poeta, Polo Díaz, en un soneto, uno de cuyos versos decía: "Una iglesia de un solo campanario". Al siguiente día, una noticia de prensa nos causó una gran alegría. Un grupo de muchachos se habían lanzado a la aventura de hacer sonar de nuevo las campanas de ese campanario. Gerardo, Ginés, Darío, Tito y Antonio, según reseñaba el diario La Provincia, antiguos monaguillos, antiguos monigotes para hablar con propiedad, se habían puesto de acuerdo para que, después de muchos años, no sé si de abandono o veto, las campanas de la iglesia de San Ginés volvieran a oírse. Al día siguiente, el domingo, a la hora señalada, doce menos cuarto, me encontraba apoyado en el árbol de la Plaza frente a la Torre. Puntualmente, los nuevos monaguillos asoman al arco de piedra gris que encuadra a las campanas y el alegre repique llega a mis oídos. La música llega a mis oídos, pero el recuerdo llega a mi mente emocionándome. Recordé a Rafael, el sacristán de San Bartolomé, verdadero artista sacando melodías de unas campanas poco aptas para esa labor; en Arrecife el repique corto y rápido de la campana más pequeña, anunciando el desgraciadamente muy frecuente entierrito, en la época de casi diarias defunciones infantiles; el rapidísimo toque a rebato por causa de los también frecuentes incendios; el lento y solemne de la campana grande "tocando a muerto" como diría el poeta Bernardo López en El dos de Mayo, y el repique alegre de todas las campanas a la vez el día de fiesta. Cuando acabó, al acercarme a los protagonistas, Tito Guadalupe me dijo: "¡Hacía treinta años!"

+++++

El Registro de la Propiedad de Tías estaba, y está actualmente, en la curva a la entrada de Puerto del Carmen, donde existen otros establecimientos, comerciales y de diversión. En el Registro suena el teléfono y una voz de hombre solicita información sobre la ubicación de la Oficina. La señorita que lo atiende le explica una y otra vez la situación, pero no lo consigue. Merche tiene una idea genial y le hace una pregunta que resuelve el problema:

-¿Usted sabe con de está el "puticlub" La Curva?

-¡Oh!; eso sí.

-Pues enfrente mismo.